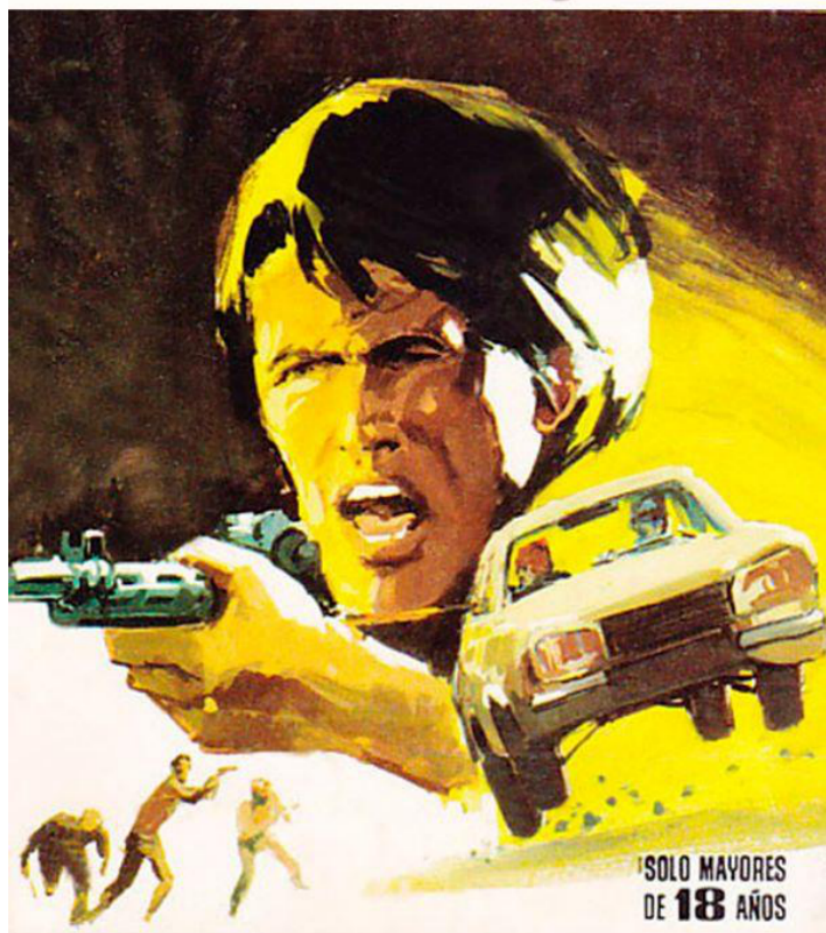




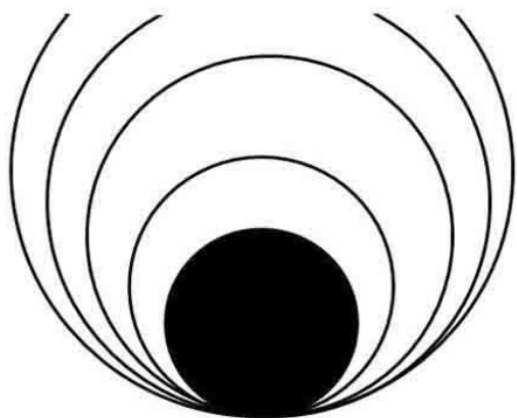
# PLOMO A LA ITALIANA

Joseph Berna



SOLO MAYORES  
DE **18** AÑOS





**PUNTO ROJO**







JOSEPH BERNA

## **PLOMO A LA ITALIANA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 899  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 18.146 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1979

© Joseph Berna - 1979

texto

© Desiló - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.501 — Mis puños no se venden.

En Colección KANSAS:

843 — La elección de miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

411 — Contigo pan y revólver.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

369 — Reto mortal.

En Colección PUNTO ROJO:

893 — ¡En qué lío me has metido, Samantha!



## CAPÍTULO PRIMERO

El reluciente «Ferrari» plateado circulaba a buena velocidad por la solitaria carretera, cuando ya las primeras sombras de la noche empezaban a caer.

De pronto, al tomar una curva, la muchacha que lo conducía dio un grito y pisó el pedal del freno.

Los neumáticos chirriaron agudamente durante los pocos segundos que el caro automóvil necesitó para detenerse por completo.

Serena Montano, la joven morena que iba al volante, se quedó quieta un instante, contemplando con ojos muy abiertos al hombre que yacía de bruces en medio de la carretera, alumbrado por los potentes faros del «Ferrari».

¿Herido?

¿Muerto?

Serena Montano se dijo que era su deber averiguarlo, por muy desagradable que ello fuera.

Abrió la portezuela, salió del coche, y se acercó nerviosamente al hombre tendido en el asfalto.

Lo observó.

Era un tipo robusto, con bigote, que vestía un traje oscuro, más bien vulgar.

Tenía los ojos cerrados y no parecía respirar.

Serena Montano, tras unos segundos de indecisión, se agachó y le tocó el cuello.

No estaba muerto.

Su arteria carótida latía con normalidad.

Entre ello, y que el hombre no parecía tener herida alguna, pues no había el menor rastro de sangre, Serena llegó a la conclusión de que sólo se hallaba desvanecido.

Se estaba preguntando qué podía hacer para reanimarlo,

cuando, súbitamente, el tipo abrió los ojos y levantó la cabeza.

Serena no pudo reprimir un gritito de sorpresa.

—Hola, encanto —dijo el sujeto, sonriéndole.

Pero su sonrisa no era agradable.

Ni sus dientes, demasiado grandes y mal alineados.

Tampoco su mirada inspiraba la menor confianza.

Serena Montano se irguió, visiblemente asustada.

Empezaba a comprender que al tipo no le sucedía nada, que se había tendido boca abajo en la carretera y simulado hallarse inconsciente solo para que ella detuviese su coche y saliese de él con el noble deseo de socorrerle.

El individuo también se incorporó, sin borrar aquella desagradable sonrisa de sus labios.

Serena, instintivamente, retrocedió un paso.

El tipo rió.

—¿Asustada, señorita Montano...?

La joven sintió un escalofrío.

—¿Me conoce...? —musitó.

—Oh, sí, ya lo creo que te conozco. Y a tu padre también. Angelo Montano, de profesión sus millones —respondió el individuo, irónico.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me hizo parar el coche?

—Un par de amigos y yo vamos a secuestrarte, para sacarle un poco de pasta a tu rico padre.

Serena giró la cabeza.

Se estremeció de nuevo al descubrir a otros dos individuos, junto al «Ferrari».

Uno de ellos empuñaba una pistola automática, y le apuntaba con ella.

Era tan corpulento y tan desagradable como el que ella creyera desvanecido.

El otro no esgrimía arma alguna.

Era alto también, pero menos fornido, aunque igualmente fuerte.

Vestía tejanos azules, una camisa clara, y una cazadora de cuero, marrón, que llevaba abierta. Tenía el pelo negro.

Era el menos feo y desagradable de los tres.

Serena, de haber sido otras las circunstancias, incluso lo hubiera encontrado atractivo.

Pero como se trataba de un secuestro, lo encontró tan odioso como los otros dos.

—Camina hacia el coche, primor —ordenó el tipo que se fingiera desvanecido.

Serena lo miró.

Descubrió que también él había sacado una pistola automática.

La joven no tuvo más remedio que obedecer.

Cuando estuvieron junto al «Ferrari», el sujeto del bigote y los dientes grandes indicó:

—Sube atrás.

Serena, muy pálida, obedeció.

El tipo del mostacho se sentó junto a ella y le apuntó al pecho con la pistola.

Los otros dos entraron también en el vehículo, sentándose el de la cazadora de cuero al volante.

—Arreando, Bruno —dijo el que apuntaba a la muchacha.

El llamado Bruno puso el motor en marcha y el «Ferrari» arrancó.

Lo sacó de la carretera y lo metió por entre los árboles.

Poco después lo detenía junto a un «Renault-12» oscuro.

Bruno y el tipo que iba a su lado salieron del «Ferrari».

El sujeto de los dientes de caballo les imitó; ordenando a Serena Montano que saliera también.

Subieron todos al «Renault-12».

Bruno lo puso en marcha y lo dirigió hacia la carretera.

Mientras circulaban por ella, el tipo que encañonaba a la hija del millonario Angelo Montano escrutó detenidamente a la muchacha.

No más de veintiún años de edad, rostro bonito, pechos erguidos y ya totalmente formados, largas piernas...

El vestido de noche que lucía, verde manzana, de finísimos tirantes, escote en forma de «v», y sendas aberturas laterales, la favorecía mucho.

Pero quizá resultaba demasiado tentador, en una situación como aquélla.

Serena se dio cuenta de que en los ojos del individuo de dientes caballunos aparecía un brillo de sucio deseo, y eso la aterró.

En poder de tres hombres sin escrúpulos, y sin más armas para defenderse que sus uñas y sus dientes, bien poco podría hacer si a

los tipos les daba por abusar de ella.

Por fortuna, el fulano del bigote se limitó a desnudarla con los ojos, y ni siquiera le rozó con su velluda mano el torneado muslo que ella se veía obligada a mostrar por el corte lateral del vestido.

—¿A qué esperas para ponerle la capucha, Fabio? —masculló el tipo que viajaba junto a Bruno, cuyo tabique nasal estaba ligeramente desviado.

—Verás, Enrico, la chica es tan bonita, que me da cierta pena cubrirle la cara... —sonrió Fabio, el tipo del mostacho.

—Vamos, pónsela —gruñó Bruno—. No nos conviene que sepa adónde la llevamos.

—De acuerdo, le taparemos la cara a la nena —repuso Fabio, sacando una capucha de tela negra del bolsillo de su chaqueta, la cual ofreció a la muchacha, indicando—: Póntela, guapa.

Serena vaciló.

Temía que el tipo le soltase algún manotazo, cuando ella tuviese la capucha puesta.

—¿Prefieres que te la ponga yo? —preguntó Fabio.

—No, puedo yo sola —respondió la joven, y se colocó la capucha.

—¿Ves algo, muñeca?

—Nada.

—Mejor para ti.

Las últimas palabras de Fabio hicieron que a Serena se le erizase la piel, pero continuó con la capucha puesta.

Tensa como una cuerda de violín, sin respirar apenas, esperó a que la manaza del tipo cayese de pronto sobre sus palpitantes senos o sus rígidos muslos.

Pero fueron pasando los segundos y no sucedía nada.

El «Renaul-12» siguió circulando.

Un rato después, el automóvil se detenía.

Serena Montano fue sacada del coche, sin que le fuera quitada la capucha.

Fabio la cogió del brazo y la guió.

Cuando, un par de minutos después, le era sacada la capucha, Serena se encontró en una pequeña habitación, de paredes deterioradas y sin ventanas, en la que sólo había un catre, un palanganero y una silla, todo ello muy viejo y mugroso.

Del techo pendía una bombilla, que alumbraba muy poco, debido a su suciedad.

—¿Te gusta, bombón...? —preguntó Fabio, con ironía.

La joven apretó los dientes con rabia.

—Es una habitación inmundada —respondió.

Fabio soltó una risotada.

—Lo siento, princesa, pero no podemos ofrecerte otra cosa mejor. Si quieres algo, golpea la puerta —indicó, y salió del cuarto, cerrando la puerta.

Serena oyó cómo le daba la vuelta a la llave.

Apenas quedar sola, se cubrió el rostro con las manos y rompió en amargos sollozos.

Permaneció así algunos minutos.

De pronto, oyó girar la llave de nuevo.

Serena bajó las manos y miró hacia la puerta.

Ésta se abrió, dando paso a Bruno, el tipo de la cazadora de cuero, que aparentaba unos veintisiete años de edad.

Fabio y Enrico eran algo mayores que él.

Bruno cerró la puerta y observó a la muchacha, con cierta tristeza en la mirada.

—¿Por qué llora?

—¿Y todavía me lo pregunta? —respondió Serena, agresiva.

—Nadie va a hacerle daño.

—Y a me lo han hecho.

—Daño físico, me refiero.

—Si alguno de ustedes me pone la mano encima, le sacaré los ojos —advirtió la muchacha, mostrando sus uñas.

—Le repito que nadie va a tocarla —la tranquilizó Bruno.

—Fabio lo está deseando, pude leerlo en su repugnante mirada.

—Si lo intenta, tendrá que vérselas conmigo.

Serena Montano denotó una cierta sorpresa.

—¿De verdad saldría usted en mi defensa, si Fabio...?

—No lo dude.

—¿Porqué?

—No tolero que se abuse de una mujer en mi presencia.

—Esas palabras suenan un tanto extrañas en sus labios.

—¿Por qué?

—Es usted un secuestrador.

—Pero no un canalla.

Hubo un breve silencio.

Bruno explicó:

—Intervine en esto porque necesito dinero, y no hallé otro modo de conseguirlo. Es posible que usted me crea un mal tipo, pero le aseguro que no lo soy.

—No tiene cara de mala persona, desde luego —repuso Serena.

—Gracias —sonrió Bruno.

—Demuéstreme que no es un mal tipo, Bruno.

—¿Qué puedo hacer para convencerla?

—Sacarme de aquí.

Bruno sacudió la cabeza.

—Eso no es posible, señorita Montano.

—Mi padre le recompensaría generosamente, se lo prometo.

—No puedo traicionar a mis compañeros.

—Ellos no son como usted, tienen cara de asesinos.

—Aun así, no estaría bien.

—Pero...

—No insista, se lo ruego.

Serena apretó los labios.

—De acuerdo, no haga nada por mí, si no quiere. Pero es posible que algún día lo lamente.

—¿Quiere que le traiga alguna cosa?

—No necesito nada.

—¿Seguro?

—Ya lo ha oído.

—Está bien. Que descanse.

—En este asqueroso catre no descansaría ni una rata —rezongó Serena.

Bruno pareció que iba a decir algo, pero abandonó el cuarto sin pronunciar palabra.

Serena Montano sollozó de nuevo.

Por un instante había acariciado la esperanza de que Bruno la liberaría, y no iba a ser así.

Seguiría cautiva hasta que su padre pagase el rescate.

## CAPÍTULO II

Bruno Sandrelli extrajo sus cigarrillos y se puso uno entre los labios.

—¿Cómo está la chica? —preguntó Fabio, el de los dientes grandes.

—Asustada —respondió Bruno.

—Es lógico —dijo Enrico, el del tabique nasal desviado.

—Le he dicho que no tiene nada que temer, que ninguno de nosotros la tocará.

Fabio y Enrico cambiaron una mirada.

—No debiste decirle eso, Bruno —rezongó el primero.

Bruno Sandrelli, que estaba aplicando la llama de su encendedor al extremo del cigarrillo, interrumpió su acción y clavó sus ojos en Fabio y Enrico.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Muchacho, en estos casos, ya se sabe... —sonrió Fabio.

—Tendréis que explicármelo, yo soy novato en estas lides, como ya sabéis.

—Este Bruno es tonto —masculló Enrico.

—¿Tú crees? —repuso Bruno, mirándolo fríamente.

—¡Sí, lo creo!

—Calma, Enrico, no te exaltes —intervino Fabio, apaciguador—. Si Bruno quiere que se lo expliquemos, se lo explicaremos.

—Si es que no hay nada que explicar, maldita sea —gruñó Enrico—. Tenemos a una mujer joven y bonita encerrada en esa habitación, y vamos a divertirnos con ella, le guste a Bruno o no.

Bruno Sandrelli endureció los músculos del rostro.

—No permitiré que abuséis de la muchacha, Enrico.

Éste agrupó los dedos de la mano derecha y los sacudió.

—¿No te he dicho que es tonto, Fabio? —rezongó, mirando a su compañero.

Fabio se pasó la mano por la boca y se acercó a Bruno, cuyo hombro palmeó amistosamente.

—Hablemos de esto con calma, ¿quieres, Bruno?

—¿Quién está nervioso?

—Voy a hacerte una pregunta. ¿Te gustan las mujeres?

—Tanto como al que más.

—¿Y qué te parece Serena Montano?

—Es una muchacha muy hermosa.

Fabio sonrió maliciosamente.

—¿Te has fijado en sus pechos?

—Sí.

—¿Y en sus muslos?

—También.

—¿Y no te gustaría...?

—Sí, pero no por la fuerza —respondió Bruno.

Fabio rió.

—Es realmente divertido, te lo prometo. Tú que quieres..., ella que no se deja..., tú le das una bofetada..., ella te suelta un zarpazo..., tú la abofeteas de nuevo... Luego, cuando ella empieza a sentir placer, deja de debatirse o se debate ya muy débilmente, como por obligación, para acabar entregándose a ti sin reservas, deseosa de gozar plenamente del momento... Eso es un triunfo para el hombre, muchacho.

—A mí me parece una canallada, Fabio.

La cara de Fabio se congestionó peligrosamente.

—Mide las palabras, Bruno.

—No pienso quitar ni la coma.

Las pupilas de Fabio destellaron.

—¿Sabes que te la estás jugando?

—El trato era secuestrar a la hija de Angelo Montano para obtener un fuerte rescate, no para violarla salvajemente —puntualizó Bruno.

—El millonario pagará lo mismo si nos divertimos con su hija como si la respetamos.

—Eso último es lo que vamos a hacer, Fabio.

—¿Porque tú lo dices?

—Sí.

Enrico se levantó con brusquedad de la silla en la que estaba

sentado y fue amenazadoramente hacia Bruno Sandrelli.

—Déjame a mí, Fabio. Yo le enseñaré quién manda aquí —barbotó.

Fabio lo detuvo.

—No, Enrico. Nada de peleas.

—¿Es que vas a permitir que este gallito nos...?

No, Fabio no estaba dispuesto a permitirlo.

Era sólo una treta para confiar a Bruno: simular que trataba de contener a Enrico, para atacarle él.

Y le atacó.

De forma tan centelleante como contundente.

Le propinó un tremendo golpe en el hígado, y cuando Bruno se dobló hacia adelante, ahogado de dolor, descargó su puño sobre la nuca del joven, el cual se desplomó como un fardo, quedando inmóvil en el suelo, sin sentido.

—¡Bravo, Fabio! —Aplaudió Enrico.

Fabio sonrió y se despojó de la chaqueta, dejándola sobre una silla. Luego hizo lo propio con la funda axilar, en la que descansaba su «Luger».

—Vigila a Bruno, Enrico. Si ves que se despierta antes de que yo acabe con la chica, atízale y duérmelo de nuevo.

—Descuida, Fabio. Y no te entretengas demasiado, ¿eh? Yo también tengo ganas de gozar con esa preciosidad.

—Procuraré complacerte —repuso Fabio, e hizo girar la llave de la pequeña habitación.

Serena Montano, al verle entrar, sintió una oleada de frío, porque el tipo llevaba sus negras intenciones escritas en la cara.

Por si quedaba alguna duda, Fabio cerró la puerta y empezó a desabotonarse la camisa, sin apartar los ojos del esbelto cuerpo de la muchacha.

Se sacó la camisa, dejándola sobre la silla, y luego se desabrochó el cinturón, caminando seguidamente hacia la aterrada Serena, exhibiendo orgulloso su velludo y musculoso tórax.

La joven, pálida como un cadáver, retrocedió temblorosamente.

Pero no pudo retroceder mucho, dadas las reducidas dimensiones de la habitación.

Fabio siguió avanzando hacia ella, pausadamente, como si no tuviera ninguna prisa por estrecharla entre sus brazos.

—¡No se acerque! —gritó Serena, preparando sus uñas.  
—¿Piensas resistirte, gatita? —sonrió burlonamente Fabio.  
—¡Le destrozaré la cara si me toca con sus sucias manos!  
—La tengo demasiado dura.

—¡Mis uñas también son duras, y mire lo afiladas que están!  
—Prefiero comprobar la dureza de otras cosas —repuso Fabio, bajando su mirada hasta los firmes senos de la muchacha.

Un instante después, alargaba las manos hacía tan tentador lugar.

Serena disparó sus uñas hacia la cara del miserable.

Fabio ladeó oportunamente el cuerpo y burló el ataque de la joven, cuyo cuerpo aprisionó con rapidez.

Serena se debatió furiosamente, pero su fuerza, lógicamente, era mucho menor que la del individuo, y no pudo librarse de él.

Fabio la hizo caer sobre el viejo catre, el cual crujió lastimosamente.

Serena no pudo evitar que el canalla la besara en la boca, en el cuello, y en el pecho, donde sus dientes de equino se clavaron dolorosamente.

La joven chilló con todas sus fuerzas.

—¡Bruno...! —llamó desesperadamente, ante su imposibilidad de librarse del cerdo de Fabio.

Éste interrumpió momentáneamente los besos y los mordiscos para lanzar una carcajada y decir:

—No pierdas el tiempo llamando a ese imbécil, preciosa. Lo dejé inconsciente con un par de buenos golpes. Quería impedir que Enrico y yo nos divirtiéramos contigo, ¿sabes? El muy idiota... Traté de hacerle ver que un hombre se lo pasa bomba forzando a una mujer; especialmente, si es tan fiera como tú. ¿Y sabes qué me respondió él? Que eso es una canallada.

—¡Y lo es, cerdo repugnante! —rugió Serena, y le escupió en la cara.

A Fabio le sentó como un tiro aquello.

Toleraba bofetadas, puntapiés, arañazos, e incluso mordiscos, de una mujer furiosa, pero nunca salivazos.

Se le antojaba que era como decirle que tenía cara de escupidera, y por ahí no pasaba.

Fabio soltó la muñeca izquierda de la muchacha, que al igual

que la derecha había mantenido sujeta contra el colchón de paja, y la abofeteó duramente.

Serena gritó.

Pero no se limitó a eso.

También buscó, con la mano que ahora tenía libre, los ojos del hijo de perra que pretendía violarla.

Y casi los encontró.

Fabio aulló de dolor cuando las uñas de la muchacha se clavaron en su cara, abriéndole varios surcos que nacían justo debajo del ojo derecho y llegaban hasta el maxilar inferior.

La sangre brotó inmediatamente de la carne desgarrada.

Fabio, colérico, abofeteó de nuevo a la joven.

Brutalmente, esta vez.

Serena quedó medio inconsciente.

Sin fuerzas para defenderse.

Fabio, dándose cuenta de ello, suspendió la lluvia de golpes.

No quería que la muchacha perdiese el sentido, porque así no le gustaba hacerle el amor a una mujer.

Fabio se restañó, con el dorso de la mano, la sangre que fluía de las heridas producidas por las afiladas uñas de Serena Montano.

Después, desgarró el vestido de la joven, dejándola con el torso desnudo.

Serena dio un grito, más bien débil, porque estaba a punto de desvanecerse, y trató de detener al salvaje de Fabio.

No lo consiguió.

Fabio la besó y la mordisqueó de nuevo, con la misma brutalidad de antes.

Serena volvió a gritar, con más fuerza que antes, aunque sabía que de nada serviría.

Sólo Bruno podría evitar que aquella bestia la violara.

Y Bruno se hallaba inconsciente...

### CAPÍTULO III

Bruno Sandrelli escuchó gritos de mujer.

Parecían venir de muy lejos.

Entreabrió los ojos.

Al principio, lo vio todo borroso.

Seguía oyendo gritos femeninos.

Y ahora sonaban más cerca.

Siempre habían sonado cerca, pero sus sentidos, medio dormidos todavía, le hicieron creer otra cosa.

Bruno esperó, sin mover un solo músculo de su aún torpe cuerpo, a que su vista y sus ideas se aclararan.

No tardó en suceder.

Se vio tendido de bruces en el suelo y recordó por qué.

El bastardo de Fabio le había golpeado por sorpresa, haciéndole perder el sentido, para así poder abusar tranquilamente de Serena Montano.

¡Serena Montano!

¡Fabio y Enrico debían estar con la muchacha!

¡Era ella quien gritaba!

Bruno Sandrelli se irguió con asombrosa rapidez.

En el acto descubrió a Enrico.

De pie, muy cerca de él.

Enrico disparó uno de sus puños, para «anestesiarse» nuevamente a Bruno.

Éste burló el golpe y contraatacó con incontenible furia.

Tenía que deshacerse de Enrico lo antes posible.

¡Serena Montano lo debía estar pasando muy mal con Fabio, a juzgar por sus angustiosos gritos!

Enrico, desequilibrado por su fallo, no pudo frenar la furiosa acometida de Bruno, cuyos puños, duros como el granito, cayeron sobre su rostro, su estómago y su hígado sin apenas intervalo de

tiempo entre un golpe y otro.

Instantes después, Enrico se derrumbaba, con la cara ensangrentada y el tabique nasal mucho más desviado que antes, porque justo en él había recibido uno de los castañazos.

Quedó tendido en el suelo, sin conocimiento.

Bruno Sandrelli se precipitó sobre la puerta de la habitación donde Serena Montano, con toda seguridad, estaba viviendo los momentos más terribles de su existencia.

La abrió de golpe.

Aunque ya esperaba algo semejante, sufrió un ataque de cólera al descubrir a Fabio con el torso desnudo y encima de la muchacha, que no podía hacer nada por evitar que el canalla besuqueara y mordisqueara su pecho desnudo, porque él le sujetaba fuertemente los brazos.

Tan entusiasmado estaba el reptil de Fabio con lo que hacía, que no se enteró de que la puerta acababa de ser abierta.

Serena Montano, cuyos ojos se hallaban anegados de lágrimas, mezcla de dolor, asco e impotencia, sí vio a Bruno.

El corazón le dio un brinco en el pecho, porque el joven podía librarla de aquel martirio y evitar lo peor, que, afortunadamente, aún no se había producido.

—¡Bruno! —gritó, con claro gesto de súplica.

Bruno Sandrelli se abalanzó sobre Fabio, lo agarró de las orejas, y tiró con fuerza de él hacia atrás, derribándolo del catre.

Fabio chilló como una rata, pues el dolor era insufrible.

Bruno no se ablandó por ello, y lo arrastró fuera de la pequeña habitación, siempre cogido de las orejas.

Una vez fuera, lo soltó.

—Ponte en pie, rata de cloaca, que voy a quitarte las ganas de abusar de mujeres indefensas.

Fabio, que se estaba cogiendo las ensangrentadas y medio arrancadas orejas, le miró con intenso odio.

—¡Maldito hijo de pu...!

No pudo acabar de soltar la fea palabrota, porque Bruno le atizó un patadón en las costillas.

Fabio se retorció, entre aullidos.

—¡En pie, gusano! —ordenó Bruno.

Fabio, temiendo que si no se levantaba pronto, Bruno le

propinase otro patadón, dejó de parecer el rabo de una lagartija y se incorporó, despidiendo lava por los ojos.

—¡Te voy a deshacer, bastardo! —rugió, y se arrojó como una fiera sobre él.

El puño derecho de Bruno Sandrelli estalló en su boca como si de una granada se tratara y se la puso perdida.

Fabio quedó frenado en seco, lanzando un bramido de dolor.

Empezó a escupir dientes como fichas de dominó y sangre en cantidad.

Bruno no le concedió respiro.

El tipo no se lo merecía.

Le golpeó duramente.

Sin piedad.

¿Cómo podía tenerla, después de ver lo que Fabio había estado haciendo con la infortunada Serena Montano?

Nada, jarabe de puño con él, para que aprendiera.

Le pegó hasta que se vino abajo.

Por desgracia para Bruno, Fabio cayó muy cerca de la silla donde éste dejara su chaqueta y su funda axilar.

Los ojos del ensangrentado Fabio descubrieron la «Luger».

Un segundo después, la empuñaba.

Bruno, consciente del peligro que corría, se arrojó como un gato salvaje sobre él y le aprisionó el brazo.

Fabio disparó, pero la bala se incrustó en la pared.

Bruno pugnó por arrebatarse la pistola.

Fabio, lógicamente, puso todo su empeño en evitarlo.

La lucha por la posesión del arma se tornó feroz.

Las cosas se complicaron aún más para Bruno Sandrelli cuando Enrico, quizá ayudado por el reciente estampido de la «Luger», recobró el sentido.

Al descubrir a Bruno y Fabio en el suelo, luchando arduamente por la posesión de la «Luger» del segundo, Enrico llevó rápidamente su diestra a la axila y extrajo su pistola, una «Super-Star».

Apuntó con ella a Bruno, que en aquel instante se hallaba encima de Fabio, en ventajosa posición.

Alojarle un par de plomos en la espalda sería sencillo.

Enrico apretó el gatillo.

Resultó milagroso que, en el preciso momento en que Enrico se

decidía a disparar, Fabio lograrse tumbar a Bruno y quedarse sobre éste.

Milagroso para Bruno Sandrelli, claro.

Para Fabio, resultó de lo más funesto, pues fue él quien recibió los impactos destinados a Bruno.

Desorbitó los ojos y abrió la boca, pero no llegó a emitir grito alguno. Cayó como una cosa muerta sobre Bruno.

Enrico quedó un instante paralizado, al ver que le había dado a Fabio, cuya espalda se estaba llenando rápidamente de sangre.

Bruno Sandrelli, que ya había descubierto a Enrico, se apresuró a apoderarse de la «Luger» de Fabio.

Se quitó de encima el inerte corpachón de Fabio y apuntó velozmente a Enrico.

Éste, reaccionando, disparó su «Super-Star».

Bruno disparo también.

Con unas décimas de anticipación.

Suficiente para que Enrico, alcanzado ya por las balas de Bruno, errase sus disparos.

Cayó de espaldas, con dos orificios en el pecho, por donde ya salía la sangre en cantidad.

Bruno Sandrelli se incorporó.

Comprobó que Fabio estaba muerto.

También Enrico.

Bruno dejó caer la «Luger» y entró en la habitación.

Serena Montano estaba de rodillas sobre el catre, cubriéndose el pecho desnudo con el desgarrado vestido. Sangraba ligeramente por la comisura de la boca y por uno de los orificios de la nariz.

La joven pareció recibir un gran alivio al comprobar que Bruno había salido ileso del tiroteo.

Bruno Sandrelli se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien, Serena?

—Podría encontrarme mucho peor... —murmuró la muchacha, las mejillas humedecidas todavía por las lágrimas que Fabio le hiciera derramar.

Bruno extrajo su pañuelo y limpió la sangre que manchaba el rostro de la joven.

—Lo siento, no pude impedir que Fabio entrara en la habitación. Me golpeó por sorpresa y quedé sin conocimiento —explicó.

—Lo sé. Fabio me lo dijo, cuando yo le llamé a usted para que me defendiera de él.

—Fabio y Enrico están muertos.

Serena no pudo evitar un estremecimiento.

—Mejor que hayan muerto ellos que usted —repuso.

—Yo sólo maté a Enrico. Fabio murió al recibir las balas que Enrico me enviaba a mí. Estoy vivo de puro milagro.

—Puso en peligro su vida por mí...

—No podía permitir que Fabio y Enrico abusaran de usted, hubiera sido una canallada.

Hubo un silencio.

Bruno observó:

—Tiene la cara muy enrojecida y algo hinchada.

—Fabio me abofeteó salvajemente.

—Era un mal bicho. Y Enrico también. Ahora estoy arrepentido de haber participado en esto.

Serena Montano sonrió suavemente.

—Yo me alegro de que participara, Bruno.

—¿Que se alegra...? —Parpadeó el joven.

—Si usted se hubiera negado, Fabio y Enrico hubiesen buscado a otro. Y ese otro no habría movido un dedo por mí, estoy segura.

Bruno esbozó una sonrisa.

—Sí, en eso tiene razón —convino.

—¿Qué piensa hacer conmigo, Bruno?

—Dejarla en libertad, naturalmente.

—Mi padre le premiará por ello.

—No lo creo.

—¿Por qué dice eso?

—¿Olvida que soy uno de los hombres que la secuestraron?

—Eso no importa. Usted se jugó la vida por mí, Bruno, y merece una recompensa.

—Su padre me delataría a la policía, estoy seguro.

—Si le conociera como yo, no diría eso. Mi padre es un hombre bueno, comprensivo y generoso. Soy su única hija, y tal vez por eso me quiere con locura. Cuando le diga que gracias a usted no he sido violada por ese par de miserables, le dará un emotivo abrazo, ya lo verá.

Bruno Sandrelli sonrió.

—Es posible, Serena. Pero no puedo arriesgarme.

—¿No confía en mí, Bruno?

—Plenamente.

—Entonces, lléveme a casa sin ningún temor. Recibiré el agradecimiento de mi padre y el dinero que parece necesitar con tanta urgencia —garantizó la muchacha.

—No aceptaré una sola lira de su padre, Serena —rechazó Bruno.

—¿Y cómo piensa solucionar su problema, interviniendo en otro secuestro?

Bruno desvió la mirada.

Serena se sostuvo el vestido con una mano y puso la otra sobre el hombro del joven.

—Bruno...

—¿Qué?

—¿Aceptaría usted el dinero que necesita, si se tratara de un préstamo?

Bruno la miró.

—¿Préstamo?

—Sí. Mi padre le dejaría el dinero y usted se lo devolvería poco a poco.

—Me temo que no podría.

—¿Por qué?

—Estoy sin trabajo, Serena.

—Yo le ofrezco un empleo.

—¿De qué?

—De chófer particular.

Bruno respingó.

—¿Necesita un chófer su padre?

—No, mi padre ya lo tiene. Soy yo quien necesita un chofer —sonrió graciosamente la muchacha.

—Oiga, Serena... —Pareció dudarle Bruno.

—De verdad que sí, Bruno. ¿Acepta el empleo?

—¿Por qué quiere ayudarme?

—En primer lugar, porque usted también me ayudó a mí.

Y, después, porque es usted un buen tipo, y no quisiera que acabara mal por culpa de ese acuciante problema económico que tiene.

—¿Sabe que me está convenciendo, Serena?

—Me dará una gran alegría si acepta, Bruno.

—Pues alégrese, porque ya tiene usted chófer particular —sonrió el joven.

## CAPÍTULO IV

Bruno Sandrelli cogió la camisa de Fabio, que seguía sobre la silla de la pequeña habitación, y se la ofreció a Serena Montano.

—Póngase esto, Serena.

La joven se la colocó, sobre el desgarrado vestido, para lo cual dio un momento la espalda a Bruno.

Luego, salieron los dos de la habitación.

Bruno limpió, con su pañuelo, la «Luger» de Fabio, borrando así las huellas dejadas por él en el arma, la cual puso seguidamente en la diestra del bigotudo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Serena, intrigada.

—Para que la policía, cuando los encuentre, crea que se mataron mutuamente.

—Oh...

—Vamos, Serena —indicó Bruno, tomando a la muchacha del brazo y sacándola de la vieja y solitaria casa.

Subieron al «Renault-12».

Bruno lo puso en funcionamiento.

—¿Qué lugar es éste, Bruno? —inquirió Serena.

—Estamos a unos treinta kilómetros de Roma.

Pronto perdieron de vista la deteriorada casa y tomaron una carretera de nulo tráfico.

—¿Vive usted en Roma, Bruno? —preguntó Serena.

—Sí; en un pequeño apartamento, del que están a punto de echarme por no pagar el alquiler —respondió el joven.

—Ahora podrá dejarlo —sonrió la muchacha.

—¿Quiere decir que dormiré en su casa?

—Claro.

—Magnífico.

—¿Cuánto dinero necesita, Bruno?

—Bastante.

—No le asuste decirme la cantidad.

—Solucionaría mi problema con seis millones de liras.

Serena Montano lanzó un gracioso silbido.

—¿A quién le debe tanto dinero?

—No es exactamente una deuda.

—¿Qué es, entonces?

—Alguien a quien yo quiero mucho está perdiendo la vista con dramática rapidez, y quedará completamente ciego si no le opera un eminente oftalmólogo español, que tiene su clínica en Barcelona. Sólo él puede realizar con éxito una intervención tan delicada. Es muy caro, como ya puede suponer, y esa persona a la que yo me refiero no nada en la abundancia, precisamente... Si yo no le consigo el dinero para la operación, y pronto, su ceguera será en breve total e irreversible.

—Sí que debe querer usted a esa persona, para llegar a convertirse en secuestrador por ella...

—Mucho, ya se lo he dicho.

Serena esperaba que Bruno le hablara de esa persona a la que él quería tanto, y que tan dramáticos momentos vivía, pero el joven no dijo nada más sobre ella.

Pese a que sentía una gran curiosidad por saber de quién se trataba, y qué significaba para él, Serena Montano no hizo más preguntas.

Minutos después, Bruno Sandrelli detenía el «Renault-12» al lado del «Ferrari» plateado de la hija de Angelo Montano.

—Salga, Serena —indicó—. Yo voy a borrar todas las huellas que hayamos podido dejar en el coche.

La joven obedeció.

Bruno pasó su pañuelo por todos aquellos puntos donde él o Serena pudieran haber puesto las manos, y luego salió del automóvil.

Subieron al «Ferrari».

Antes de que Bruno lo pusiera en marcha, Serena dijo:

—¿Por qué no me lleva a su apartamento, Bruno?

El joven la miró, sorprendido.

—¿A mi apartamento...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Mi padre se alarmará mucho si me ve llegar en este estado tan deplorable. Cabello desordenado, rostro enrojecido e hinchado, manchas de sangre en el pecho... Un baño de agua caliente y un par de horas de descanso mejorarían mucho mi aspecto, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí, pero...

—¿Qué pasa, no quiere llevarme a su apartamento?

—Es pequeño, ya se lo he dicho. Y muy modesto...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, usted está acostumbrada al lujo y a las comodidades, y mi apartamento...

Serena Montano sonrió encantadoramente.

—No se preocupe por eso, Bruno.

—¿De veras no le importa?

—En absoluto.

—De acuerdo, la llevaré —accedió Bruno.

Treinta minutos después, entraban en el apartamento. Bruno Sandrelli encendió las luces y cerró la puerta. Serena Montano lo observó todo con curiosidad.

Bueno, no había mucho que observar, ésa era la verdad. Bruno no exageró al decir que su apartamento era reducido y modesto.

—Una birria, ¿verdad? —suspiró el joven.

—Oh, no diga eso, Bruno. Es pequeño, pero está limpio y aseado —repuso Serena.

—No todo lo que debiera, no le duela decirlo.

—Bueno, quizá le falte el toque de una mano femenina —sonrió la muchacha.

—Venga, le mostraré el baño.

—Sí, por favor.

Bruno abrió una puerta.

—Aquí lo tiene.

—Oh, es encantador, Bruno...

—No se burle.

—¡Si no me burlo!

—Apuesto a que su baño es por lo menos seis veces mayor.

—Sí, tiene razón. Pero éste es mucho más íntimo.

—La bañera parece un frutero.

—No diga tonterías, Bruno —rió Serena.

—¿Va a negarme que es demasiado reducida?

—Para usted, que tiene un cuerpo muy largo, es posible que sí. Para mí, en cambio, es ideal.

—Si usted lo dice... Abriré los grifos.

—Gracias, muy amable.

Bruno se inclinó y accionó ambos grifos.

—Verá qué poco tarda en llenarse —dijo.

—Otra ventaja —sonrió Serena—. La mía tarda demasiado.

—Claro, como que parecerá una piscina.

—¡Casi! —rió cantarínamente la muchacha.

Bruno la miró.

—Serena...

—¿Sí, Bruno?

—Esa sangre que tiene en el pecho... ¿es suya?

—No, tranquilícese. Es de Fabio. Le clavé las uñas en el rostro, haciéndole sangrar. Después, cuando él hundió su fea cara en mi pecho, me manchó —explicó la joven.

—Menos mal. Temí que la hubiera mordido como un perro, y...

Serena se estremeció ligeramente al recordar aquellos horribles momentos.

—Me mordió, Bruno. Dolorosamente. Pero no me produjo ninguna herida, creo.

—De cualquier modo, en ese armario hay un botiquín —indicó Bruno—. Si los dientes de ese cerdo dejaron alguna señal en sus senos, utilícelo.

—Ojalá no sea necesario.

—Feliz baño.

—Gracias.

Bruno Sandrelli salió del cuarto de baño y cerró la puerta.

Veinte minutos más tarde, Serena Montano salía del cuarto de baño, envuelta en una toalla y descalza.

Bruno Sandrelli, que se hallaba sentado en el corto sofá, con una copa en las manos, miró fijamente a la muchacha, porque había mucho que mirar.

Ella se detuvo a dos metros de él.

—¿Por qué me mira así, Bruno?

—¿Cómo la miro?

—Como si no hubiera visto nunca una mujer envuelta en una toalla.

Bruno carraspeó.

—Disculpe, no era mi intención molestarla.

—¿Y quién ha dicho que estoy molesta? —le sonrió la joven—. Usted tiene una forma de mirar que agrada.

—¿De veras?

—A mí no me disgusta, desde luego —aseguró Serena, sentándose a su lado.

Los ojos de Bruno se posaron un instante en los perfectos muslos de la muchacha, que la toalla apenas cubría.

Serena preguntó:

—¿Qué está tomando, Bruno?

—Coñac. ¿Le sirvo un poco?

—Sí, me vendrá bien.

—Debo advertirle que no es de una gran calidad...

—No importa —sonrió la joven.

Bruno se levantó, escanció coñac en una copa, y se la ofreció a la muchacha, sentándose nuevamente en el sofá. Serena ingirió un pequeño sorbo.

—Me gusta —dijo.

—Me alegro —repuso Bruno, quien seguidamente preguntó—: ¿Cómo le ha sentado el baño?

—Maravillosamente.

—¿Se vio precisada a utilizar el botiquín?

—No.

—Eso aún me alegra más.

Serena tomó otro sorbito de coñac.

—Bruno... —murmuró.

—¿Sí?

—Esa persona que corre peligro de quedarse completamente ciega... ¿es un hombre o una mujer?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Soy una chica muy curiosa.

—Es una mujer —reveló Bruno.

—¿Joven?

—Sí, sólo tiene veintitrés años.

—¿Es... bonita?

—Casi tanto como usted.

—Gracias.

—De nada.

—¿Vive en Roma?

—Sí.

—Me gustaría conocerla.

—¿De veras?

—Sí. ¿Me llevará usted mañana a su casa, cuando vaya a entregarle el dinero?

—Si lo desea...

—Lo deseo.

—De acuerdo, la llevaré conmigo.

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Antonella.

—¿Y...?

—¿Y qué? —preguntó Bruno, al ver que la joven no se decidía a lanzar la pregunta.

Serena movió la cabeza.

—No, nada —repuso, y se acercó de nuevo la copa a los labios.

Bruno no insistió, y también él ingirió un trago de coñac.

## CAPÍTULO V

—¿Verdad que soy feo, Gina?

—¿Feo tú, Lupo...? ¡Si Marcello Mastroianni, a tu lado, es Boris Karloff...!

Lupo Farani rió, aunque sabía que Gina, una rubia platino sensacional, no era sincera.

El se miraba todos los días al espejo, y sabía que tenía cara de albóndiga.

Era, además, algo bajo de estatura y le sobraban quince kilos, por lo menos.

Pero allí estaba la rubia Gina, dispuesta a hacérselos perder a razón de tres por día.

Por noche, mejor dicho, porque era entonces cuando Gina y su portentoso cuerpo de mujer entraban en acción.

Y ya era de noche.

Gina puso manos a la obra.

Bueno, quien realmente puso las manos, fue Lupo.

Sobre los rotundos pechos de Gina.

Pero no fue por propia iniciativa.

Fue Gina quien se las cogió y las colocó allí, para que Lupo fuera poniéndose a tono.

Pero, por el momento, sólo se puso colorado.

No, no crea el lector que Lupo Farani era un tipo vergonzoso.

Es que pensaba en lo que se le venía encima, y eso le asustaba un poco.

El había cumplido ya los cuarenta y seis años, mientras que Gina sólo tenía veinte.

Y mucho calor en el cuerpo.

Mucha pasión.

Mucho deseo.

Lupo estuvo a punto de echar mano de su billetera, entregarle

una generosa cantidad de dinero a la ardiente Gina, e indicarle que se marchara de su casa.

Era demasiada mujer para él, y si no la frenaba, le haría perder los kilos que le sobraban y los que no le sobraban.

Que lo dejaría en los huesos, vamos.

Sin embargo, Lupo no tuvo fuerzas para despedirla.

Era tan hermosa...

Tan sensual...

Tan excitante...

Gina, que sólo llevaba encima un camisoncito de gasa transparente, tan corto que permitía asomar la exigua braguita de encaje que conservaba debajo, empujó suavemente a Lupo y lo tendió de espaldas en el amplio y moderno lecho.

Entonces, con movimientos lentos y voluptuosos, soltó el lacito rojo que cerraba el descarado camisón y lo abrió de par en par.

Lupo Farani casi pidió socorro, porque no era lo mismo vislumbrar los exuberantes senos de Gina a través de la gasa que contemplarlos al natural.

La explosiva rubia se recostó sobre él como una gata... y empezó la fiesta, como diría un juerguista.

O el banquete, como diría un tragón.

O el suplicio, como diría alguien que no confiase demasiado en sus propias fuerzas.

Ése era el caso de Lupo Farani.

Por fortuna para él, la cosa no había hecho más que empezar cuando llamaron a la puerta del dormitorio.

—¡Voy! —Galleó Lupo, materialmente sepultado bajo el cuerpo desnudo de Gina.

La rubia platino hizo como que no había oído nada, y siguió aplastando a Lupo con su peso, ahogándolo con su pasión de hembra en celo.

—¡Están llamando, Gina! —dijo Lupo, asomando los ojos por debajo del seno izquierdo de la rubia.

—Yo no he oído nada —repuso Gina, haciéndolo desaparecer de nuevo bajo ella.

—¡Aparta, tengo que abrir!

—Ya abrirás cuando acabemos.

—¡Gina, por favor! —suplicó Lupo.

La rubia irguió el torso bruscamente, contrariada.

—¿Qué diablos te pasa, Lupo? ¿Es que no te gusto lo suficiente?

—¡Oh, sí, me gustas una tonelada!

—Entonces, sigamos —indicó Gina, echándose otra vez sobre él.

Lupo la frenó con ambas manos, por donde más gusto daba frenarla.

—¡No, Gina!

—¡Pero bueno! —exclamó la rubia, realmente furiosa ya—. ¿No has dicho que te gusto una tonelada?

—¡Sí, pero es que había olvidado que hoy es viernes!

—¿Y qué? ¿Acaso te impide tu religión hacer el amor los viernes?

—¡No, pero es el día que recibo a mis colaboradores!

Gina arrugó la cara.

—¿Colaboradores...? —repitió.

—¡Sí! ¡Seguro que quien llama a la puerta es Mario, para avisarme de que han llegado ya!

—¿Y no pueden esperar media hora esos malditos colaboradores?

—¡No, no pueden!

Gina apretó las mandíbulas.

—Son más importantes para ti que yo, ¿eh?

—¡Te equivocas! ¡Pero tú puedes dedicarme la noche entera, y ellos no! ¡Tienen que volver a su trabajo!

—Está bien, ve con ellos —gruñó la rubia, y se apartó de él, quedando sentada en la cama, las piernas cruzadas al estilo moro.

Lupo se incorporó, extrajo su pañuelo y se lo pasó por la cara, enjugándose el sudor.

—Volveré lo antes que pueda, Gina —dijo, forzando una sonrisa.

—Aquí estaré, aburrida como un oso —rezongó la rubia.

—Nos divertiremos mucho, te lo prometo.

—Cómo no sea así, no volverás a verme. Yo no hago esto sólo por dinero, Lupo.

—Lo sé —repuso Lupo, aunque sabía que Gina mentía descaradamente.

A buena hora, si no fuera por el vil metal, accedería una mujer tan apetecible como ella a hacer el amor con un tipo como él, bajo, grueso, y de rostro poco agraciado.

Decía aquello para que luego, a la hora de pagar su compañía, él se mostrase más generoso con ella.

Como lo de que Mastroianni, a su lado, era Boris Karloff.

Pues no era zorra ni nada, la tal Gina...

Lupo Farani se arregló la vestimenta y caminó hacia la puerta.

Antes de abrirla, se volvió un instante y le lanzó un beso a Gina.

Ella le sonrió, para demostrarle que su enfado remitía por momentos.

También llevó todo el aire que pudo a sus pulmones, para demostrarle que no encontraría muchas mujeres tan bien dotadas pectoralmente.

Lupo tosió y salió apresuradamente de la habitación, porque Gina seguía con el camisón abierto, y visiones como aquélla habían provocado más de un infarto de miocardio.

Tropezó con Mario, uno de los matones a sueldo que estaban a su servicio.

Era su brazo derecho.

Y su pierna, porque daba las patadas por él.

Medía casi dos metros de estatura y sobrepasaba los ciento diez kilos.

Mario, que vestía un elegante *smoking* negro, miró de forma extraña a su jefe.

—¿Le ocurre algo, señor Farani?

—¿A mí?

—Tiene el rostro congestionado y los ojos muy brillantes...

Lupo carraspeó nerviosamente.

—He tenido problemas de respiración.

—¿El corazón?

—La rubia platino.

—¿Tan apasionada es...? —sonrió el matón.

—Es un volcán en erupción.

—Entiendo.

—¿Han llegado ya nuestros colaboradores?

—Sí, están abajo.

—Bien, vamos con ellos.

Lupo Farani y Mario descendieron a la planta inferior.

Fueron directamente al despacho del primero, que tenía dos puertas.

Lupo se acomodó tras la espaciosa mesa, abrió la caja de los cigarros, y se llevó uno a la boca.

El matón se apresuró a encendérselo.

—Gracias, Mario —sonrió Lupo.

—¿Hago pasar al primero, señor Farani?

—Sí, podemos empezar.

Mario fue hacia la puerta opuesta a la que ellos habían utilizado para entrar en el despacho y la abrió.

Hizo una seña a Aldo y Luigi, otros dos matones a las órdenes de Lupo Farani, tan corpulentos como el propio Mario.

Aldo y Luigi penetraron en el despacho, flanqueando a uno de los hombres que pertenecían a la organización que Lupo Farani tenía montada desde hacía ya algunos años.

Una organización delictiva, por supuesto, pero que rendía pingües beneficios.

Drogas...

Prostitución...

Atracos...

Secuestros...

Todo cabía en ella.

El tipo que habían hecho entrar Aldo y Luigi portaba un maletín negro, el cual depositó sobre la mesa escritorio.

La pareja de matones cerraron la puerta del despacho y quedaron junto a ella, los brazos cruzados. También ellos vestían de *smoking*, negro, impecable.

—Buenas noches, señor Farani —sonrió, no con mucha naturalidad, el tipo del maletín.

Lupo se quitó el cigarro de la boca.

—Hola, Pietro —respondió, devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué tal van las cosas?

—Regular tan sólo, señor Farani.

—Últimamente siempre me dices lo mismo, Pietro.

—Sí, ya lo sé. Pero es que...

—¿Cuánto traes esta semana? —inquirió Lupo, interrumpiéndole.

Pietro abrió el maletín y mostró los fajos de billetes que contenía.

—Diez millones de liras, señor Farani —informó.

—Sólo diez millones...

—Es todo lo que he podido recaudar.

—Es muy poco, Pietro. ¿No opinas tú igual, Mario?

—Sí, señor Farani —asintió el matón.

—¿Crees que Pietro nos engaña?

—Estoy seguro.

Pietro empalideció.

—Señor Farani, yo le juro que...

Lupo Farani movió el meñique zurdo y tiró la ceniza del habano en el cenicero.

Era la señal para que Mario entrase en acción.

El matón le soltó un brutal revés a Pietro y éste cayó al suelo, dando un grito.

Antes de que pudiera incorporarse, Aldo y Luigi ya estaban junto a él. Lo agarraron uno de cada brazo y lo irguieron con brusquedad.

Lo mantuvieron así, fuertemente sujeto.

Mario se acercó a Pietro, quien ya sangraba por la boca.

Pietro miró a Lupo Farani, aterrorizado, porque adivinaba lo que iba a suceder.

—¡Detenga a Mario, señor Farani!

—Sólo tú puedes detenerle, confesando la verdad —repuso Lupo.

—¡Pero si he dicho la ver...!

Pietro no pudo acabar la frase, porque el puño diestro de Mario se hundió en su estómago, obligándole a lanzar un rugido de dolor.

Mario le golpeó seguidamente en el rostro, con ambos puños.

Pietro empezó a sangrar por la ceja izquierda y por uno de los pómulos.

—Suelta la lengua, vivales —ordenó Mario, suspendiendo momentáneamente el castigo.

—¡No le he robado ni una sola lira, señor Farani! —siguió negando Pietro.

Mario elevó bruscamente su rodilla y la incrustó entre los muslos del colaborador, a quien seguían sujetando Aldo y Luigi.

Pietro lanzó un largo bramido y encogió las piernas, quedando prácticamente suspendido en el aire.

Su cara se tornó verde como el perejil en sólo unos segundos.

Lupo Farani dio una chupada al cigarro, expulsó el aire

pausadamente, y luego aconsejó:

—Te conviene hablar, Pietro. Te evitarás sufrimientos inútiles.

Pietro, aunque ahogado de dolor, oyó claramente las palabras de Lupo, y se dijo que sí, que lo mejor era confesar, porque, de lo contrario, Mario lo convertiría en un despojo.

Si le decía a Lupo que estaba arrepentido de lo que había hecho, y le juraba que jamás volvería a engañarle, tal vez lograra salir por su propio pie de allí.

—De acuerdo, confesaré... —habló quedamente.

—Te escucho, Pietro —dijo Lupo.

—Le he estado engañando estas últimas semanas, señor Farani... Primero, me quedaba con el diez por ciento de lo recaudado; después, con el veinte; luego, con el treinta; y, esta última semana, con el cuarenta...

—¡Cerdo! —barbotó Mario, y le cruzó la cara.

Pietro ahogó un gemido.

Lupo interrogó:

—¿Dónde guardas todo ese dinero que me has robado?

—En la caja fuerte del club... —confesó Pietro—. Pero se lo devolveré todo, señor Farani; hasta la última lira. Y no volveré a engañarle, se lo juro por lo más sagrado.

Lupo Farani sonrió extrañamente.

—Claro que no volverás a engañarme, Pietro. ¿Verdad que no volverá a hacerlo, Mario...?

—Seguro que no, señor Farani —sonrió gélidamente el matón, y su mano desapareció bajo la chaqueta del *smoking*.

Cuando apareció de nuevo, empuñaba una «*Parabellum*».

—¡No! —chilló Pietro, arrugándose dentro del traje.

Mario le apuntó al pecho.

Pietro luchó por soltarse de Aldo y Luigi, pero éstos lo sujetaban férreamente, y nada consiguió.

—¡Piedad, señor Farani! —aulló, sin apartar sus desorbitados ojos del negro cañón de la «*Parabellum*».

Los de Lupo brillaron agudamente.

—No hay piedad para los traidores, Pietro —sentenció.

Mario apretó el gatillo.

Y no una sola vez, sino tres.

Pietro se estremeció dramáticamente a cada impacto.

Murió casi en el acto, pues la última bala le partió el corazón.

—Haced desaparecer esta carroña —indicó Mario, guardando su «*Parabellum*».

Aldo y Luigi sacaron el cadáver de Pietro por la puerta opuesta.

Mario comentó:

—Habrá que poner a alguien al frente del Capri Club, señor Farani...

—Sí, hay que sustituir a Pietro. ¿Tienes algún nombre en mente, Mario?

—Creo que Fabio desempeñaría bien ese cargo.

—¿Te refieres a Fabio Coletti?

—Sí. Es un tipo muy eficiente, y se puede confiar en él. Ya lleva dos años con nosotros, y jamás fracasó en ninguno de los asuntos que le encomendamos.

—Actualmente se encarga de los secuestros, ¿no?

—Sí, junto con Enrico Granelli y Giuseppe Mennea. Precisamente esta noche tenían que secuestrar a la hija del millonario Angelo Montano. Ya deben tenerla en su poder. Por cierto, hoy debutaba un tipo nuevo con ellos.

Lupo frunció el ceño.

—¿Un tipo nuevo?

—Sí; se llama Bruno Sandrelli, y sustituye provisionalmente a Giuseppe.

—¿Qué le pasa a Giuseppe, tiene la gripe?

—Mucho peor. Se rompió la pierna el martes, en una caída tonta, y Fabio no podrá contar con él hasta dentro de tres meses, por lo menos.

—¿Es de fiar ese Bruno Sandrelli?

—Si no lo fuera, Fabio no lo hubiera escogido como sustituto de Giuseppe. El tiene buen ojo para eso.

—Sí, claro... Bien, le diremos a Fabio que se haga cargo del Capri Club.

—Vendrá esta misma noche, señor Farani, a darnos los detalles del secuestro. Ya no debe tardar.

—Magnífico.

—¿Hago pasar a otro de los colaboradores?

—Sí, por favor —rogó Lupo, y se llevó nuevamente el puro a la boca.

## CAPÍTULO VI

Angelo Montano cerró el libro que estaba leyendo y lo dejó sobre la pequeña mesa de la biblioteca.

Era un hombre de estatura corriente, ni grueso ni delgado, de cabello gris, ojos pequeños y nariz aguileña. Tenía cuarenta y siete años de edad.

Se quitó las gafas de lectura, con gesto preocupado.

Era ya muy tarde, y Serena no había regresado todavía.

Cierto que no era la primera vez que su hija volvía pasada la medianoche, pero eso apenas suavizaba su intranquilidad.

Los periódicos y la televisión daban noticia, casi todos los días, de casos de robo, secuestro, violación...

Por su gusto, Serena no saldría jamás de casa sin la protección de un fornido guardaespaldas, pero ella, siempre que él se lo sugería, se negaba rotundamente.

Decía que así no se podía ir a ningún sitio.

Y, en parte, tenía razón.

No se podía negar que la permanente compañía de un guardaespaldas restaba libertad y, sobre todo, intimidad.

Por eso él no se lo imponía a la fuerza.

De pronto, la puerta se abrió y Maurizio, el espigado y pulcro mayordomo, entró en la biblioteca.

—¿Desea alguna cosa el señor?

—¿Todavía andas por ahí, Maurizio? —Pareció sorprenderse el millonario.

—Por si me necesitaba, el señor.

—Pero, hombre... Anda, ve a acostarte, que es tardísimo ya.

—¿El señor no se retira, todavía?

—Estoy esperando a la señorita Serena, que debe estar al caer. En cuanto llegue, nos iremos a dormir, también.

—Buenas noches, señor.

—Hasta mañana, Maurizio —le sonrió Angelo Montano.

El mayordomo, que frisaba los cuarenta y dos años de edad, salió de la biblioteca y cerró la puerta.

Angelo Montano consultó una vez más su reloj.

Se levantó de la butaca y empezó a pasear por la estancia, la cabeza baja, las manos a la espalda.

Tenía el extraño presentimiento de que a Serena le había sucedido algo, y su nerviosismo y desasosiego crecían por momentos.

Llevaba unos diez minutos paseando por la biblioteca, cuando la puerta se abrió de nuevo, dando paso a Serena, que llegaba acompañada de un joven que vestía tejanos azules y una cazadora de cuero, marrón.

Pero Angelo Montano apenas se fijó en el tipo.

Toda su atención era para su hija, que llevaba una camisa de hombre sobre su vestido de noche, que se adivinaba estropeado.

—¡Serena! —exclamó, poniéndose pálido, porque estaba claro que algo desagradable le había sucedido.

La joven caminó hacia él, con una tranquilizadora sonrisa en los labios.

—No te alarmes, papá, que no ha sucedido nada irreparable —aseguró, abrazándose a él y besándole en la mejilla.

Angelo Montano escrutó el rostro de su hija.

—¿Te han golpeado, Serena...? —Adivinó.

—Sólo recibí un par de bofetadas sin importancia.

La cara del millonario empezó a congestionarse.

—¿Quién fue el cobarde que se atrevió a...?

—No te excites, y te lo contaré todo. Ven, sentémonos en el sofá —rogó la muchacha, cogiéndolo del brazo.

Mientras se dejaba conducir hasta el sofá, Angelo Montano miró al joven de la cazadora de cuero, que se había quedado junto a la puerta.

—¿Quién es él? —interrogó.

—Se llama Bruno Sandrelli. El fue quien impidió que dos individuos con los más salvajes instintos me forzaran —explicó la muchacha.

—¡Serena! —exclamó Angelo Montano, palideciendo de nuevo.

La joven le obligó a sentarse en el sofá.

—Tranquilízate, papá. Ya has oído que no llegó a ocurrir, que Bruno lo evitó.

—Pero...

—Deja que te lo cuente, por favor.

Angelo Montano dejó hablar a su hija, quien se lo refirió todo.

El millonario quedó perplejo.

Desconcertado.

No entendía que Bruno Sandrelli, uno de los secuestradores de Serena, hubiese puesto en juego su vida por salvarla a ella de los sucios deseos de sus dos compañeros.

Serena le explicó las razones que habían impulsado a Bruno a intervenir en un secuestro.

Angelo Montano no sólo lo comprendió entonces, sino que se sintió emocionado.

Su reacción fue la que ya anticipara Serena a Bruno en la pequeña habitación donde la joven viviera tan horribles momentos: se levantó en silencio, caminó hacia Bruno, y le dio un emotivo abrazo.

—Gracias por salir en defensa de mi hija y devolvérmela sana y salva, muchacho. Y no tema nada. No sólo no le denunciaré a la policía, sino que con mucho gusto le entregaré, como recompensa, esos seis millones de liras que precisa para que esa muchacha, Antonella, a la que usted quiere tanto, pueda ser operada en España por ese prestigioso oftalmólogo y se libre de la ceguera —dijo.

Quién se emocionó ahora fue Bruño.

—Se lo agradezco mucho, señor Montano, pero no puedo aceptar ese dinero como recompensa.

El millonario denotó sorpresa.

—¿Que no puede...?

Serena intervino:

—No insistas, papá. Bruno tiene su orgullo, y no quiere que le regales nada. Está aquí porque yo, en vista de su negativa a aceptar ese dinero como recompensa, le sugerí que tú podías prestárselo y él, poco a poco, te lo iría devolviendo. Y aceptó.

—Oh, bueno... —sonrió Angelo Montano—. Yo preferiría regalárselo, porque esa cantidad no supone nada para nosotros, pero puesto que él se empeña en que sólo sea un préstamo, un préstamo será —accedió.

—Gracias, señor Montano —repuso Bruno.

Serena emitió una tosecita.

—Papá...

—¿Sí, hija?

—Bruno me dijo que está sin empleo, y yo me permití ofrecerle uno en nuestra casa.

—Oh, me parece magnífico, Serena —aprobó el millonario—. ¿Y has pensado ya de que...?

—De chófer.

—¿Chófer? —Respingó Angelo Montano.

—Para mí, claro. Tú ya tienes a Giuliano.

—Sí, es cierto...

—Bruno conduce de maravilla.

—No lo dudo, hija —sonrió el millonario.

—¿Te parece bien que le paguemos seiscientas mil liras al mes?

—Giuliano cobra quinientas mil... —carraspeó Angelo Montano.

—Sí, pero Giuliano se llevó por delante una farola hace unos días, y el mes pasado atropelló a un par de ovejas, según me contaste tú mismo —repuso Serena.

El millonario abrió la boca.

—¿Que yo...?

—Bruno es mejor conductor que Giuliano, papá, y es justo que cobre un poco más —insistió la muchacha.

—De acuerdo, seiscientas mil mensuales —accedió Angelo Montano, captando el fugaz guiño de su hija.

Bruno Sandrelli carraspeó.

—Señor Montano, yo creo que quinientas mil liras está bien, no quisiera...

—Si desea discutir eso, hágalo con mi hija. Pero debo advertirle que no le gusta que le lleven la contraria.

—Es cierto, me molesta muchísimo —sonrió Serena.

Bruno se dio cuenta de que padre e hija decían aquello porque ambos deseaban mostrarse generosos con él, y no quiso insistir.

—No discutiré con nadie, cobraré lo que ustedes quieran —dijo.

—Usted durará en la casa, muchacho —rió Angelo Montano, haciendo reír también a Serena y Bruno.

## CAPÍTULO VII

Lupo Farani recibió al último de sus colaboradores.

Cuando el tipo se fue, dijo:

—Ya no quedan más, ¿verdad, Mario?

—No, señor Farani —respondió el matón, que parecía distraído.

—¿Te preocupa algo, Mario?

—Sí, que Fabio no haya llegado todavía. Lo encuentro raro.

—¿Temes que algo haya fallado?

—No, no creo. Si el secuestro no se hubiera llevado a cabo, por alguna circunstancia, Fabio hubiese venido igualmente.

—¿Entonces...?

—Si a usted le parece bien, mandaré a Aldo y Luigi en su busca. Yo sé dónde tenían que llevar a la hija del millonario.

—De acuerdo, que vayan por él —asintió Lupo—. Así sabremos las causas de su retraso.

Mario salió del despacho.

Lupo Farani se levantó y guardó en la caja fuerte todo el dinero que le habían traído sus colaboradores.

Después, dudó entre quedarse en el despacho hasta que Aldo y Luigi volvieran con Fabio o subir a su dormitorio.

Esto último le daba un poco de miedo.

La curvilínea Gina le estaba esperando, dispuesta a comérselo vivo, o poco menos.

Pero era un peligro que, tarde o temprano, tendría que afrontar.

Lupo se armó de valor y subió a su dormitorio, no sin antes indicarle a Mario que le avisase en cuanto llegase Fabio Coletti.

Podía ser su tabla de salvación.

El pretexto que le libraba de las garras de la devoradora Gina.

Con esa esperanza entró Lupo en su dormitorio.

Enseguida vio a Gina.

Se hallaba tendida sobre la cama, boca arriba, el brazo derecho

descansando sobre la almohada y el izquierdo extendido a lo largo del cuerpo, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos cerrados y una rodilla en alto.

La rubia no abrió los ojos ni se movió.

Todo parecía indicar que estaba dormida.

Lupo se alegró infinitamente.

Gina, dormida, no suponía ningún peligro para él, y sí una gran distracción, pues podía contemplar su turbador cuerpo desnudo larga y detenidamente, sin el temor de ser devorado por su fuego y su pasión.

Con esa insana intención de mirón, se acercó a la cama.

Caminando de puntillas.

Sin causar el más leve ruido.

Se detuvo junto al lecho.

Sus ojos de búho recorrieron el escultural cuerpo de Gina, desde el cabello hasta las uñas de los pies, pintadas con esmalte rojo.

La tentadora visión, como es lógico, le excitó.

Inconscientemente, su mano se alargó hacia el seno izquierdo de la rubia:

Estaba a punto de posarse suavemente en él, cuando Gina, que sólo fingía hallarse dormida, la muy astuta, le echó los brazos al cuello y lo hizo caer sobre ella.

—¡Ya eres mío, Lupo! —exclamó triunfalmente, atenazándolo también con sus piernas, en perfecta presa de judo.

—¡Socorro! —gritó Lupo, dándose cuenta, demasiado tarde, de que había caído ingenuamente en la trampa tendida por la rubia.

Gina impulsó su cuerpo hacia su derecha y tumbó a Lupo, quedando sobre él.

Lupo quiso pedir socorro de nuevo, pero la boca de Gina se pegó a la suya como la mejor de las cintas adhesivas y ya no pudo decir ni pío.

Fue Gina quien lo dijo todo.

Con su ardoroso cuerpo, claro.

Lupo no tuvo más remedio que resignarse a su suerte, y empezó a pedir al cielo que Fabio Coletti llegase pronto, porque si no...

Aldo y Luigi entraron en la vieja y solitaria casa donde fuera llevada la hija del millonario Angelo Montano.

Al hallar muertos a Fabio Coletti y Enrico Granelli, salieron

rápídamamente de ella, montaron en su coche, y volvieron a toda prisa a la casa de Lupo Farani.

Informaron a Mario.

Éste, a su vez, fue inmediatamente a informar a Lupo Farani.

Llamó a la puerta de su dormitorio.

Lupo abrió segundos después, envuelto en una brillante bata y con cara de acabar de escapar de un grupo de caníbales.

—Maldita sea... —rezongó, saliendo con rapidez de la habitación—. ¿Por qué has tardado tanto, Mario? Diez minutos más, y no salgo vivo de ahí.

—¿Por qué? —inquirió el matón, arrugando el ceño.

—La rubia platino es peor que una fiera hambrienta. Tendré que mandarla a su casa, antes de que acabe conmigo.

—Con quien han acabado, y de verdad, es con Fabio y Enrico —comunicó Mario.

Lupo respingó.

—¿Cómo has dicho?

—Se los han cargado a los dos, señor Farani.

—¿Quién?

Mario se mesó el cabello.

—Tengo una teoría, pero me temo que no le va a gustar oírla.

—Habla, no importa.

—El tipo nuevo, ese tal Bruno Sandrelli, se la pegó a Fabio y Enrico.

—¿Piensas que fue él quien los liquidó...?

—Claro. De lo contrario, hubiera aparecido muerto también.

—Bastardo... —masculló Lupo—. ¿Por qué crees que lo haría?

—Sospecho que es un hombre de Nicola Caravani.

La cara de Lupo Farani se puso roja como una sandía.

Nicola Caravani era el jefe de una organización similar a la de Lupo Farani, algo menos importante, pero que molestaba más de la cuenta a Lupo.

—¿Estás seguro de eso, Mario? —dijo con voz ronca.

—No, seguro no. Pero es muy probable que esté en lo cierto. Es difícil creer que ese Bruno actuara por su cuenta. Yo, desde luego, apostaría fuerte a que sólo cumplía órdenes de Caravani, que todo fue planeado por éste. Serán ellos quienes perciban el rescate de la hija de Angelo Montano.

Lupo movió la cabeza de derecha a izquierda, muy lentamente.

—No, Mario; no percibirán una sola lira. Sólo recibirán plomo, y a la italiana, que quiere decir en cantidad, como tú bien sabes.

El matón pareció alegrarse.

—¿Está sugiriendo que vayamos a darles un escarmiento, señor Farani?

—Algo más que un escarmiento, Mario. Quiero que acabéis con Nicola Caravani y su gente. ¡Con todos! Así estaremos seguros de que no volverán a molestarnos.

—Será un placer, señor Farani.

—Y recuérdalo, Mario. No debe quedar nadie con vida.

—Puede estar tranquilo —sonrió el matón, y se alejó con paso raudo.

Lupo Farani, turbado su pensamiento por el asunto que acababa de tratar con Mario, entró de nuevo en su dormitorio.

Sin darse cuenta de lo que hacía.

Cuando vino a dársela, ya era tarde.

La insaciable Gina había caído sobre él por la espalda y lo había derribado al suelo.

Menos mal que estaba enmoquetado.

Sí, porque la rubia platino tenía intención de disputar el segundo «asalto» allí mismo, sobre la moqueta, y Lupo no pudo hacer nada por impedirlo.

Gina, como en la ocasión anterior, se salió con la suya.

Dos coches grandes se detuvieron frente a la casa de Nicola Caravani, que se alzaba, al igual que la de Lupo Farani, a algunos kilómetros de Roma.

Los dos gorilas que vigilaban fuera de la casa echaron mano velozmente de sus pistolas al descubrir a la gente de Lupo Farani.

Sólo lograron sacarlas de sus fundas.

Por las ventanillas de ambos automóviles habían asomado los cañones de varias metralletas «Browning», las cuales se pusieron a escupir plomo a granel.

Los hombres de Nicola Caravani se contorsionaron como muñecos de trapo, derrumbándose poco después, rotos por las balas.

—¡Abajo, rápido! —ordenó Mario, el brazo derecho de Lupo Farani.

Ocho hombres saltaron al suelo.

Todos portaban metralleta.

Corrieron hacia la casa e irrumpieron en ella.

Casi al momento aparecían otros dos matones de Caravani, al fondo del largo vestíbulo, pistola en mano.

Mario y los suyos tampoco les dieron oportunidad de utilizarlas.

Hicieron funcionar sus metralletas y los cosieron materialmente a balazos.

Los dos individuos se vinieron abajo entre aullidos de dolor y de muerte.

En lo alto de la escalera que había a la izquierda del vestíbulo surgieron tres hombres más, disparando ya sus pistolas automáticas.

La gente de Lupo Farani los recibió con plomo.

Con plomo a la italiana.

Casi un centenar de balas partieron en busca de los gorilas de Nicola Caravani.

A ver quién es el guapo que esquiva tamaño enjambre de abejorros de plomo.

Los matones de Caravani no pudieron, desde luego.

Cayeron acribillados y rodaron escaleras abajo, manchando con su sangre caliente los blancos escalones de mármol.

Les quedó, no obstante, el consuelo de haberse llevado por delante a dos de los hombres de Lupo Farani.

Pero dos bajas eran muy poca cosa, teniendo en cuenta que ellos habían sufrido siete.

—¡Arriba, muchachos! —indicó Mario, lanzándose hacia la escalera.

Los cinco hombres le siguieron, sin preocuparse de los dos compañeros muertos.

Ganaron el piso alto en unos segundos.

Mario se detuvo ante lo que adivinaba era el dormitorio de Nicola Caravani.

Abrió la puerta de un patadón.

En la habitación sonó un grito.

De mujer.

Estaba sentada en la cama, y sostenía la sábana contra su pecho con ambas manos.

Se hallaba desnuda, evidentemente.

Mario y sus acompañantes irrumpieron en el dormitorio, prestos a hacer ladrar de nuevo sus metralletas.

El hombre de confianza de Lupo Farani se acercó a la cama en tres enormes zancadas y agarró a la mujer, joven y atractiva, por el rojo cabello, para intimidarla aún más.

—¿Dónde está? —interrogó.

—¿Quién? —preguntó la chica, ahogando un gemido.

Mario le soltó el pelo, le pegó una bofetada y la tiró de espaldas. La pelirroja gritó.

Quiso cubrirse de nuevo con la sábana, pues el golpe la había obligado a soltarla, y ahora mostraba totalmente sus voluminosos senos.

Mario no la dejó.

Apoyó el cañón de su «Browning» justo entre pecho y pecho y masculló:

—Tienes tres segundos para decirme dónde está Nicola, muñeca.

La chica, aterrorizada, musitó:

—De..., debajo de la cama...

Mario se retiró un par de metros del lecho y rugió:

—¡Sal de ahí, comadreja! ¡Sal enseguida o te sacamos nosotros a balazos!

Nicola Caravani no tuvo más remedio que salir de su escondite, en pantalón de pijama y descalzo.

Tenía una pistola en la mano derecha, pero era evidente su intención de no usarla.

Sólo un loco haría frente, con una pistola, a media docena de metralletas.

Pese a ello, Mario ordenó:

—¡Arroja el arma, Nicola!

Caravani, un cuarentón alto y delgado, que lucía un fino bigote, obedeció al instante. Estaba alarmanamente pálido, y se apreciaba el temblor de sus rodillas.

—¿Qué..., qué ha sido de mis hombres? —preguntó quedamente.

—Todos muertos.

—¿Por qué este ataque?

—¿Y todavía lo preguntas? —barbotó Mario, y le golpeó en las costillas con el cañón de la metralleta.

Nicola Caravani dio un grito y cayó sobre la cama, donde continuaba la deseable pelirroja, muerta de pánico.

—¿Dónde está la chica? —interrogó Mario.

Caravani le miró, como desconcertado.

—¿Qué..., qué chica?

—La que Bruno Sandrelli les birló a Fabio Coletti y Enrico Granelli, después de asesinarlos cobardemente, y cuyo rescate piensas cobrar tú.

Caravani pestañeó.

—¿Quién es Bruno Sandrelli?

Mario le golpeó de nuevo con su metralleta; en el cuello, esta vez.

Caravani volvió a gritar.

El brazo derecho de Lupo Farani advirtió:

—Tengo poca paciencia, Nicola. O me dices dónde llevó ese Bruno Sandrelli a la hija del millonario, o...

—¡No sé de qué me hablas, lo juro! ¡No conozco a ningún Bruno Sandrelli, ni sé tampoco a qué chica ni a qué millonario te refieres!

Mario entrecerró los ojos.

Nicola Caravani parecía sincero.

No obstante, para mayor seguridad, ordenó a Aldo y Luigi que lo «trabajaran» un poco.

Éstos propinaron una gran paliza a Caravani, quien, no obstante, siguió negando conocer al tal Bruno Sandrelli.

Mario, convencido ya de que Nicola Caravani no había tenido nada que ver con la muerte de Fabio y Enrico, indicó:

—Dejadlo ya, muchachos.

Aldo y Luigi interrumpieron la serie de brutales golpes.

Caravani quedó en el suelo, encogido y ensangrentado, casi sin conocimiento.

Mario, inmovible, le apuntó con su metralleta y soltó una ráfaga.

La chica del pelo rojo chilló, pero su voz quedó prácticamente ahogada por el estruendo de los disparos.

Nicola Caravani se estremeció violentamente al recibir los plomos y luego quedó rígido, sobre el charco de sangre que se fue formando con rapidez bajo su cuerpo sin vida.

Mario desvió el arma hacia la pelirroja.

El corazón de la chica se paralizó un instante.

Leía en los ojos del matón que iba a disparar sobre ella.

—No me mate, se lo suplico... —imploró, con un hilo de voz.

—Lo siento, preciosa, pero no podemos dejar testigos de lo ocurrido.

—No diré nada, se lo juro.

—No puedo fiarme.

—Yo puedo hacerles un gran favor.

—Seguro, pero no disponemos de tiempo —sonrió Mario—. No me refiero a mostrarme complaciente con ustedes, aunque eso también lo haría, si me lo piden...

—¿A qué te refieres, entonces?

La pelirroja se mordió el labio inferior y reveló:

—Conozco a un Bruno Sandrelli. Tal vez sea el que ustedes buscan.

Mario entornó los ojos.

—No te habrás inventado eso para salvar el pellejo, ¿verdad?

—No, lo juro.

—¿Sabes dónde vive el tipo?

—Sí.

Mario, tras meditar el asunto unos segundos, indicó:

—Vístete, primor. Vas a venir con nosotros.

## CAPÍTULO VIII

Poco después de las diez de la mañana, el «Ferrari» plateado de Serena Montano se alejaba de la lujosa casa que, a unos veinte kilómetros de Roma, poseía Angelo Montano.

Lo conducía Bruno Sandrelli, naturalmente, que para eso era el nuevo chófer de la hija del millonario.

Serena iba a su lado, luciendo un ligero vestido mañanero, de escote redondo y con dos graciosos lazos en los hombros. Sobre su cabeza, un coquetón sombrero que hacía juego con el vestido.

De pronto, la muchacha sonrió y dijo:

—Estoy deseando verle de uniforme, Bruno.

—¿Por qué?

—Estará guapísimo.

—No bromeo.

—Lo digo en serio.

—¿Tendré que llevar gorra, también?

—Giuliano la lleva...

—A lo mejor por eso no vio la farola ni las ovejas, le molestaría la visera.

—¡Sí, es posible! —rió alegremente Serena.

—No es cierto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que el chófer de su padre se llevara por delante una farola y atropellara un par de ovejas.

—No, no es cierto —confesó la joven.

—¿Por qué lo dijo?

—Para conseguirle seiscientas mil liras al mes.

—Giuliano se molestará, si se entera.

—Le diré a mi padre que le suba el sueldo este mes, no se preocupe.

—Eso me parece más justo —sonrió Bruno.

El «Ferrari» siguió rodando por la carretera.

Minutos después, Bruno lo detenía en la gran ciudad, en una calle estrecha y algo empinada, frente al portal de un modesto edificio.

—¿Es aquí? —preguntó Serena.

—Sí —asintió Bruno.

Salieron los dos del coche.

Bruno, que portaba un maletín en la izquierda, tomó del codo a la muchacha y penetraron en el portal.

—Vive en el tercer piso —indicó el joven.

—No me molesta subir escaleras —sonrió Serena.

Se fueron los dos para arriba.

Ya en la tercera planta, Bruno pulsó el timbre de la puerta señalada con el número 10.

Una voz femenina, desde el otro lado de la puerta, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Antonella —respondió Bruno.

La puerta se abrió, dejando ver a una preciosa joven de cabello castaño, que se cubría con una bata y calzaba chinelas.

—Bruno... —murmuró, al descubrir que el joven no venía solo.

—Hola, Antonella —le sonrió Bruno, y la besó en la mejilla.

—¿Quién es? —preguntó ella, sin apartar los ojos de la muchacha que acompañaba a Bruno.

—Serena Montado, la señorita para quien desde hoy trabajo de chófer —explicó el joven.

—¿De chófer...? —Parpadeó Antonella.

—Déjanos entrar y te lo contaré todo.

Antonella se hizo a un lado.

Bruno y Serena penetraron en el piso, casi tan reducido como el del joven. Después de cerrar la puerta, Bruno dijo:

—Antes de nada voy a darte una gran noticia, Antonella. Tengo el dinero para la operación.

La muchacha acusó las palabras de Bruno.

—¿Qué tienes el...? —repitió, casi sin voz.

—Sí, en este maletín. Seis millones de liras.

—¿Cómo..., cómo lo has conseguido?

—La señorita Montano, que es un ángel caído del cielo, le pidió a su padre que me lo prestara. Es muy rico, y esa suma no supone

nada para ellos.

—¿Y cómo vas a devolvérselo...?

—Oh, por eso no te preocupes. Antes de un año le habré liquidado la deuda. ¿Sabes lo que voy a cobrar al mes? ¡Seiscientas mil liras! Te apuesto a que soy el chófer mejor pagado de Roma. ¿Qué digo de Roma? ¡De toda Italia!

Los ojos de la muchacha que corría el peligro de quedarse totalmente ciega se empañaron de lágrimas.

—No..., no sé qué decir, Bruno...

—Cómo te pongas a llorar, me llevo el dinero. Ya sabes que es perjudicial para tus ojos.

—Es que estoy tan emocionada que... ¡Oh, Bruno, Bruno! —sollozó Antonella, echándose en sus brazos.

Bruno la estrechó cariñosamente.

—Vamos, pequeña, cálmate... Esto es motivo de alegría, no de llanto.

—¡Si estoy muy contenta, Bruno!

—Pues lo disimulas muy bien. Yo, cuando estoy contento, río.

—Porque eres un hombre. Las mujeres, cuando la alegría es tan grande como la que yo siento ahora, lloramos.

—Debe ser cierto, porque a la señorita Montano también se le han humedecido los ojos... —murmuró Bruno.

En efecto, Serena se había emocionado profundamente con la escena que estaba presenciando, y le resultaba muy difícil contener las lágrimas.

Antonella se separó ligeramente de Bruno y miró a la hija del millonario, cuyo rostro no podía ver con la nitidez que ella desearía, a causa de la enfermedad que padecían sus ojos.

—Bruno ha dicho que es usted un ángel caído del cielo, señorita Montano, y debe ser verdad.

—Qué más quisiera yo, Antonella.

—¿Por qué ha querido ayudarme?

—Bruno la quiere a usted mucho. Tanto, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirle ese dinero. Cuando supe para qué necesitaba seis millones de liras, no dudé en pedirle a mi padre que se los prestara.

—Bruno es otro ángel.

El joven sacudió la cabeza.

—No, yo sí que no.

—No existe hombre mejor que tú sobre la tierra —insistió Antonella.

—No dices eso, cuando te suelto algún pellizco donde tú sabes.

—¡Calla, que me voy a ruborizar! —rogó la muchacha, cubriéndole la boca con la mano.

Bruno se la mordió.

—¡Salvaje! —exclamó Antonella.

—Ya sabía yo que no me iban a durar mucho las alas —bromeó Bruno, y se echó a reír.

Antonella y Serena rieron también.

Media hora después, Bruno Sandrelli y Serena Montano abandonaban el piso de Antonella, quien aquella misma mañana prepararía su equipaje y por la tarde viajaría a España.

Bruno y Serena pasarían por ella a las cinco y la acompañarían al aeropuerto. Esto último lo sugirió la hija del millonario, y Bruno se lo agradeció mucho.

—¿Adónde vamos ahora, señorita Montano? —preguntó Bruno, cuando ya habían montado en el «Ferrari».

—Al sastre, a que le tome medida.

—¿Para lo del uniforme?

—Claro.

Bruno carraspeó.

—Es necesario que lo lleve, ¿verdad?

—Es lo usual, al menos.

—Preferiría ganar cien mil liras menos al mes y vestir a mi manera.

—¿No le gusta vestir de uniforme...?

—No, lo confieso.

—¿Por qué?

—Me sentiré incómodo, estoy seguro.

—Bueno, tal vez yo pueda solucionar eso.

—¿De veras?

—Es mi chófer, ¿no? Tengo derecho a exigirle que vista como yo quiera, y si le digo a mi padre que prefiero que no lleve uniforme, no creo que él se oponga.

Bruno sonrió ampliamente.

—Le quedaría muy agradecido, señorita Montano.

—Se está hinchando, ¿eh?

—¿Cómo? —Parpadeó Bruno.

—Que se está hinchando a llamarme señorita Montano. ¿Por qué ha dejado de llamarme Serena?

Bruno tosió.

—Bueno, ahora estoy a su servicio, y me parece más respetuoso llamarla...

—Prefiero que me llame por mi nombre. Es más, se lo exijo.

—¿Aunque estemos en presencia de su padre?

—Aunque estemos en presencia del Papa.

Bruno no pudo contener la risa.

—De acuerdo, la llamaré Serena.

La joven sonrió e indicó:

—En marcha, Bruno.

—Lo de ir al sastre, descartado, ¿verdad?

—Por ahora, sí.

—Gracias.

—¿No quería pasar por su apartamento, para recoger sus cosas?  
—recordó Serena.

—Sí —asintió Bruno.

—Vamos, pues.

Bruno Sandrelli puso en marcha el «Ferrari».

Mientras se dirigían al apartamento de Bruno, Serena comentó:

—Antonella es una chica encantadora.

—Sí, sí que lo es —sonrió Bruno.

—¿Hace mucho que la conoce usted?

—Bastante.

—Es muy bonita.

—Casi tanto como usted, ya se lo dije.

—Quite el «casi», porque es más guapa que yo.

—No diga eso.

—Usted también lo piensa, confíeselo.

—A mí me parece usted una chica maravillosa, Serena.

—¿Es absolutamente sincero, Bruno?

—Le doy mi palabra.

Serena Montano se mordió los labios.

—Es su novia, ¿verdad?

—¿Quién?

—Antonella.

—No, sólo somos buenos amigos.

—¿Pretende hacerme creer que no está enamorado de ella?

—Por Dios, no es que yo pretenda hacérselo creer, es que es la verdad. Antonella es como una hermana para mí.

—A una hermana no se le echan pellizcos atrevidos.

—¿Por qué no? Si no hay mala intención... —repuso Bruno, sonriendo.

Serena emitió un gruñido, pero no hizo más preguntas.

Bruno tampoco habló más de Antonella.

Poco después, se detenían frente al apartamento de Bruno.

Éste preguntó:

—¿Quiere subir conmigo, o prefiere esperar en el coche?

—¿Va a tardar mucho?

—Sólo unos minutos, no hay mucho que recoger.

—Entonces, le espero aquí.

—Bien.

Bruno salió del «Ferrari» y subió rápidamente a su apartamento.

Apenas entrar en él, dos fornidos individuos surgieron del dormitorio, esgrimiendo sendas pistolas automáticas provistas de tubo silenciador.

Eran Aldo y Luigi.

## CAPÍTULO IX

Bruno Sandrelli quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó, en vista de que los tipos no decían esta boca es mía.

—Somos amigos de Fabio Coletti y Enrico Granelli —respondió Aldo.

Bruno empezó a entender por qué estaban en su apartamento y por qué le encañonaban con sus armas.

—¿Cómo habéis dado conmigo? Fabio y Enrico no sabían dónde vivía...

—¿Te dice algo el nombre de Silvana Taloni? —preguntó Luigi.  
Sí.

A Bruno le decía bastante.

Silvana Taloni era una pelirroja realmente seductora.

La conoció tiempo atrás, en una cafetería.

Ella se le insinuó descaradamente.

Bruno, a quien el cuerpo le pedía juega aquella tarde, no dudó en acercarse al monumento de cabellos rojos.

Minutos después, abandonaban los dos la cafetería y se trasladaban al apartamento de Bruno, donde Silvana permaneció hasta la mañana siguiente.

Disfrutaron los dos tanto, que acordaron verse de nuevo aquella noche.

Y se vieron.

Esa noche, y las dos siguientes.

La cuarta noche, sin embargo, Silvana falló a la cita y Bruno ya no volvió a verla más, llegando incluso a pensar que la pelirroja había abandonado Roma.

Y, ahora, algunos meses después, volvía a saber de ella...

—Sí, conozco a Silvana —respondió Bruno.

—Ella nos condujo hasta aquí —explicó Aldo.

—¿Qué queréis?

—¿Dónde tienes a la chica? —interrogó Luigi.

—¿Os referís a la hija del millonario Angelo Montano?

Aldo asintió con la cabeza.

—¿Adónde la llevaste, después de liquidar traidoramente a Fabio y Enrico?

—No es cierto que los matara a traición —negó Bruno.

—Fabio tenía dos agujeros en la espalda —observó Luigi.

—Se los hizo Enrico.

Aldo sonrió sarcásticamente.

—¿Has oído eso; Luigi? Ahora resulta que fue Enrico quien liquidó por la espalda a Fabio.

—¿Y quién se cargó a Enrico, Fabio...? —preguntó burlonamente Luigi.

—No, a Enrico lo maté yo, después de que él le diera a Fabio por error —explicó Bruno—. Fabio y yo peleábamos en el suelo, cuando Enrico disparó. Las balas eran para mí, pero las recibió Fabio. Yo disparé entonces contra Enrico, con la pistola de Fabio, y le maté. Pero en defensa propia, no a traición, como quiso él acabar conmigo.

Aldo y Luigi cambiaron una mirada.

El primero interrogó:

—¿Por qué fue tu pelea con Fabio?

—Pretendía violar a la muchacha, y yo quise impedirlo —respondió Bruno.

—¿Impedirlo...?

—Sí.

—¡Qué estupidez!

—Puede que para vosotros lo sea, pero no para mí. De pequeño me enseñaron a respetar a la gente. ¿A vosotros no?

—Menos palabrería y vayamos al grano —masculló Luigi—. ¿Qué has hecho con la muchacha?

—La dejé en libertad.

—Como chiste, se admite —dijo Aldo.

—Es la verdad. Muertos Fabio y Enrico, ¿qué otra cosa podía hacer? Yo solo no podía seguir adelante con lo del secuestro, así que opté por soltar a la muchacha y olvidarme del asunto.

—Conque la soltaste, ¿eh? —rezongó Luigi.

—Sí, me pareció lo más sensato.

—La chica te quedaría muy agradecida, claro... —sonrió irónicamente Aldo—. Primero la libras de ser violada y luego le permites regresar a su casita. ¿No te ofreció ninguna recompensa, por ser tan bueno con ella...?

—Pues, sí; pero yo la rechacé.

—Qué tipo tan decente.

—Y tan embustero —gruñó Luigi.

—Cuanto he dicho es cierto, muchachos —insistió Bruno.

—Ya veremos lo que opina Lupo Farani —repuso Aldo.

Bruno entrecerró un ojo.

—¿Quién es Lupo Farani?

—Fabio y Enrico trabajaban para él. ¿No te lo dijeron?

—No, yo creía que actuaban por su cuenta.

—Pues no era así —rezongó Luigi.

—Lupo no creerá tu historia, Bruno —advirtió Aldo.

—Y le ordenará a Mario que te arranque la verdad a su manera —añadió Luigi.

Bruno iba a preguntar quién era Mario, cuando vio surgir silenciosamente de su dormitorio a Silvana Taloni.

La fascinante pelirroja iba en pantaloncitos y sujetador; reducidas a la mínima expresión, ambas prendas.

Pero Bruno no se fijó en lo mucho y bueno que Silvana mostraba, sino en el pesado cenicero que llevaba en las manos.

Aldo y Luigi, de espaldas al dormitorio, no vieron a la pelirroja.

Ni la oyeron, porque ella iba descalza.

Bruno adivinó que Silvana tenía intención de estrellar el cenicero en la cabeza de uno de los tipos, y se dispuso a saltar sobre el otro, cuando la pelirroja actuase.

Y la pelirroja actuó.

A Luigi le tocó la china.

Silvana le golpeó con el cenicero con todas sus fuerzas y el tipo se desplomó, emitiendo un gemido.

Aldo se revolvió, al ver derrumbarse a su compañero.

Descubrió a Silvana, sobre la cual hizo ademán de disparar.

Afortunadamente para la pelirroja, Bruno cayó como un tigre sobre él y lo derribó.

Aldo maldijo al ver que la pistola escapaba de su mano.

Intentó recuperarla rápidamente, pero Bruno se arrojó de nuevo sobre él y empezó a golpearle con sus puños.

Aldo respondió a los golpes de Bruno.

La pelea era muy dura, y no se vislumbraba un vencedor.

Silvana Taloni, temiendo que Aldo pudiese con Bruno, se precipitó sobre la pistola de Luigi y la empuñó.

Apuntó al matón, pero no se atrevía a disparar, por temor a herir a Bruno.

Hubo un instante, por fin, en que vio clara la posibilidad de disparar sobre Aldo sin ningún riesgo para Bruno, y apretó el gatillo sin dudar.

El silenciador ahogó la detonación, pero no el grito que lanzó el matón, al sentir la dolorosa mordedura del plomo entre los omóplatos.

Aldo volvió un instante la cabeza, llamó hija de perra con los ojos a Silvana, y luego cayó de bruces, quedando muy quieto en el suelo.

Bruno miró a la pelirroja.

—¿Por qué has disparado? Hubiera podido con él.

Silvana apretó los labios.

—Tal vez, pero no podía arriesgarme. El y su compañero tenían orden de liquidarme en cuanto te tuviesen en su poder.

Bruno tomó el pulso a Aldo.

—Está muerto —informó.

—No creas que lo siento. Debería matar al otro también. — Silvana miró un instante al desvanecido Luigi—. No sabes la de cochinas que me obligaron a hacer en tu cama, a lo largo de toda la noche. Jamás me he sentido tan sucia por fuera y por dentro.

Bruno se irguió y se acercó a ella.

Silvana dejó caer la pistola y se abrazó a él, sollozando.

—Fue horrible, Bruno, créeme. Y yo tenía que satisfacer sus repugnantes deseos para que no me mataran... Tenía la esperanza de que tú me ayudarías a librarme de ellos.

Bruno le acarició la desnuda espalda.

—¿Por qué los trajiste a mi apartamento?

—Mario, el hombre de confianza de Lupo Farani, iba a matarme, por haber sido testigo del asesinato de Nicola Caravani y toda su banda. La gente de Farani pensaba que tú trabajabas para Caravani,

que habías matado a Fabio y Enrico cumpliendo sus órdenes. Nicola lo negó, y Mario lo ametralló sin piedad. Cuando se disponía a ametrallarme a mí también, le dije que yo conocía a un Bruno Sandrelli, y que tal vez fuera el que ellos buscaban... Perdóname, Bruno, pero era el único modo de salvar mi vida.

—Hiciste bien, Silvana.

La pelirroja levantó la cabeza y le miró.

—¿De veras no me guardas rencor, Bruno...?

—Ninguno —sonrió el joven.

Silvana se abrazó de nuevo a él.

—¡Qué bueno eres, Bruno!

—Dime una cosa, Silvana. ¿Qué relación tenías tú con ese Caravani?

—Era su chica.

—¿Desde hace mucho?

—Casi un año.

—Luego, cuando tú y yo nos conocimos, en aquella cafetería...

—Ya era la chica de Caravani. El había salido de viaje, y no quiso llevarme consigo en esa ocasión. Yo, irritada, decidí divertirme por mi cuenta, y salí en busca de un tipo que me gustase lo suficiente como para meterme en una cama con él. Te vi entrar en la cafetería, me agradó mucho tu físico, y... Bueno, lo demás ya lo sabes. Pasamos cuatro noches formidables, ¿verdad?

—Realmente inolvidables —asintió Bruno.

—Tuve que dejar de verte porque regresaba Caravani, y si él se enteraba de que había dormido con otro hombre aprovechando su ausencia, me mataría. Como no volvió a dejarme sola, no pude verte más. Pero te he recordado mucho todo este tiempo, créeme.

—También yo a ti, Silvana.

—¿De veras?

—Sí. Mujeres tan hermosas y tan apasionadas como tú, no abundan.

Silvana Taloni, para demostrarle que seguía siendo tan apasionada como entonces, le cercó el cuello con sus brazos y le besó ardorosamente.

Bruno Sandrelli, aunque comprendía que aquél no era el momento más apropiado para tales efusiones amorosas, no pudo resistir la tentación de estrujar y acariciar el excepcional cuerpo,

prácticamente desnudo, de la ardiente pelirroja.

Cuando más intenso era el beso y el abrazo, la puerta del apartamento se abrió y Serena Montano entró en él.

## CAPÍTULO X

La hija del millonario no supo qué le sorprendió más, si ver a dos hombres tendidos en el suelo, uno de ellos con una gran mancha de sangre en la espalda, o descubrir a Bruno Sandrelli besando y apretando con vehemencia a una pelirroja de cuerpo tan impresionante como falto de ropa.

Tan dominados por la pasión se hallaban Bruno y Silvana, que no se percataron de la presencia de Serena Montano.

Ésta sintió que la furia se apoderaba de ella.

—¡Bruno! —gritó, cerrando los puños.

Bruno Sandrelli dio un respingo y se separó con prontitud de Silvana Taloni.

—¡Serena! —exclamó, muy nervioso.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Puede explicarme qué diablos ha pasado aquí?

Antes de que Bruno pudiera responder, Silvana inquirió:

—¿Quién es ésa?

—Serena, la hija del millonario Angelo Montano —informó Bruno.

La pelirroja agrandó los ojos.

—¿La chica que secuestrasteis Fabio, Enrico, y tú...?

—Sí.

—Pero...

—No hay tiempo para explicaciones, Silvana. Anda, corre a vestirte. Tenemos que largarnos de aquí.

Silvana se introdujo en el dormitorio de Bruno.

Serena Montano apretó los dientes.

—¿Y bien...?

Bruno carraspeó.

—Luego se lo explicaré todo, Serena. Como verá, me llevé una desagradable sorpresa al entrar en mi apartamento.

—La tal Silvana no parecía desagradarle en absoluto.

—Es una vieja amiga.

—No tan vieja.

Bruno tosió, porque sabía que Serena se refería a los años de la pelirroja.

—Lo que quise decir, es que...

—No es necesario que explique nada, Bruno. Dicen que una imagen vale más que mil palabras, y es cierto. Si tardo cinco minutos más, los hubiera encontrado en el suelo, haciendo el amor.

—Oh, no, se equivoca...

—Realizar el acto sexual en medio de dos cadáveres, qué macabro.

—Se equivoca de nuevo. Sólo uno de ellos está muerto.

—¿El que tiene la espalda llena de sangre?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

—Silvana.

—¿Y qué le pasa al otro?

—Está sin sentido.

Serena Montano no pudo hacer más preguntas, porque Silvana Taloni ya salía del dormitorio, luciendo un vestido largo, de escote descomunado.

—Me parece que se lo ha puesto al revés, Silvana —dijo Serena.

—¿El qué? —preguntó la pelirroja.

—El vestido.

—Oh, no, es así —sonrió descaradamente Silvana.

—¿Y no le da vergüenza?

—¿Por qué? Todo lo que enseño es mío.

—Deberían multarla, por exhibicionista.

—A usted sí que deberían multarla, por llevar ese sombrero tan ridículo.

Serena enrojeció.

—¿Ridículo, mi sombrero...?

—De los más cursis que he visto jamás.

Serena se lo quitó y lo enarboló.

—¿A que le arreo un sombrero en todas las narices? —  
Inténtelo y le arranco las orejas.

Bruno se vio precisado a intervenir, porque Serena ya se lanzaba

sobre la pelirroja Silvana.

—Calma, Serena —rogó.

—¡Ha dicho que mi sombrero es ridículo!

—A mí me parece encantador.

—Estás perdiendo el buen gusto, Bruno —dijo Silvana, mordaz. Bruno la miró severamente.

—¿Quieres hacer el favor de callarte, Silvana?

—Lo siento, pero fue ella quien empezó, metiéndose con el escote de mi vestido.

—¡Eso no es un escote, es un escaparate! —barbotó Serena.

—¡Serena, por favor! —rogó Bruno, y tiró de ella—. Vámonos de aquí, pronto.

Salieron los tres del apartamento.

Ya en la calle, Bruno indicó:

—Sube detrás, Silvana.

—¿Por qué tiene que subir en mi coche? —Gruñó Serena—. No podemos dejarla aquí.

—Que tome un taxi.

—Por favor, Serena...

La joven resopló.

—Está bien, que suba. ¡Pero como vuelva a meterse con mi sombrero, la tiro por la ventanilla!

—Silvana la dejará en paz, se lo prometo.

Subieron los tres al «Ferrari».

Bruno lo puso en movimiento, alejándose rápidamente de allí.

—¿Adónde te llevamos, Silvana? —preguntó.

—Poseo un pequeño apartamento, pero no me sentiré segura allí —repuso la pelirroja.

—¿Por qué?

—En cuanto Luigi informe a Lupo Farani de lo ocurrido en tu apartamento, nos buscarán a los dos por toda la ciudad. Lo más sensato es largarse de Roma, y creo que eso es lo que voy a hacer. Te aconsejo que hagas lo mismo, Bruno. Si los matones de Lupo Farani logran dar contigo, te harán pedazos.

Bruno se limitó a preguntar:

—¿Dónde tienes ese apartamento?

Silvana se lo dijo.

Minutos después, Bruno detenía el «Ferrari» frente al

apartamento de la pelirroja, la cual descendió del auto.

—¿Quieres que huyamos juntos, Bruno? —propuso Silvana.

—No, yo me quedo en Roma —respondió el joven.

—¿Aun sabiendo el riesgo que corres?

—Sabré cuidarme, Silvana.

—Lo pasaríamos tan bien...

—No te entretengas, Silvana.

—Ven conmigo, Bruno —insistió la pelirroja.

—No puedo, lo siento.

—Te matarán.

—No les será fácil.

Silvana soltó un gruñido.

—Está bien, cabezota, quédate en Roma, si tanto interés tienes.

Bruno sonrió.

—Suerte, Silvana.

—Tú sí que vas a necesitarla...

Bruno levantó la mano, en señal de despedida, y luego hizo que el «Ferrari» se pusiera en movimiento.

Luigi recobró el conocimiento.

Al tratar de incorporarse, sintió un agudo pinchazo en la parte posterior de la cabeza.

Le produjo un dolor terrible.

Como si alguien le hubiese traspasado el cráneo con un clavo de un martillazo.

Luigi se llevó la mano rápidamente allí y palpó la protuberancia que se le había formado en la región occipital.

Era más grande que una nuez.

Al retirar los dedos del montículo craneal, vio que los tenía manchados de sangre.

—¡Condenada ramera! —barbotó, adivinando que había sido la pelirroja Silvana la autora del hermoso chichón sangrante y de su fulminante desvanecimiento.

¿Y Aldo?

¿Dónde estaba Aldo?

Luigi lo buscó con la mirada.

Al descubrirlo en el suelo, de bruces, y con un gran manchón de sangre en la espalda, sintió que la suya se helaba en sus venas.

—Aldo... —musitó, gateando hacia él.

Comprobó que el cuerpo de su compañero estaba rígido y frío.

Que su corazón no latía.

Que estaba muerto...

Luigi se estremeció.

Y no por la muerte de Aldo, sino porque Bruno Sandrelli y Silvana Taloni habían escapado.

Mario lo convertiría en un pingajo, en cuanto lo supiese.

Y con razón.

Luigi se puso en pie, sin apenas sentir ya el dolor que le causaba el golpe recibido en la cabeza.

Era mínimo, comparado con el que Mario le causaría con sus poderosos puños.

Y con sus pies.

Y con sus rodillas.

Luigi apretó los muslos instintivamente.

Empezaba a dolerle allí.

No.

No podía permitir que Mario lo desgraciase para toda la vida.

Tenía que cazar al bastardo de Bruno Sandrelli.

Pero ¿cómo dar con él?

Era seguro que no volvería por su apartamento.

Se escondería en algún otro lugar.

En casa de algún amigo, por ejemplo.

O amiga...

Luigi empezó a revolver el apartamento.

Tal vez encontrase algo que le ayudase a localizar a Bruno Sandrelli.

Minutos después, encontraba una fotografía.

La chica, de pelo castaño, tenía una cara preciosa.

Luigi miró el dorso de la foto.

Estaba cariñosamente dedicada.

La chica se llamaba Antonella.

No figuraba su apellido, pero sí el sello del estudio fotográfico donde la foto había sido realizada.

Los crueles labios de Luigi se distendieron en una sonrisa de triunfo, pues estaba seguro de que, si lograba averiguar el domicilio de la chica de la foto, daría con Bruno Sandrelli.

Y no sería difícil averiguarlo.

El fotógrafo se lo diría.  
Por las buenas... o por las malas.

## CAPÍTULO XI

De regreso a la casa de Angelo Montano, Bruno miró a la hija del millonario y observó:

—Está usted muy callada, Serena.

—No tengo ganas de hablar —gruñó la muchacha, ceñuda.

—¿Está enfadada?

—¿A usted qué le parece?

—No tiene motivos.

—¿Ah, no...?

—Silvana no hablaba en serio cuando dijo que su sombrero era ridículo.

—Claro que hablaba en serio. Pero no estoy enfadada por eso.

—¿Por qué, entonces?

—No me gustó que usted la besara y la apretujara de aquella forma.

—Soy un hombre, Serena.

—¿He dicho yo que sea un mico?

—No, pero...

—Usted será muy hombre, Bruno, pero también es mi chófer, y no tolero que se divierta con mujeres mientras esté de servicio. Ya se divertirá cuando sea su día libre.

—Le aseguro que fue Silvana la que se abrazó primero a mí.

—Pues haberla rechazado.

—Si fuera usted un hombre, sabría lo difícil que es rechazar a una mujer como Silvana; especialmente, si va tan ligera de ropa como ella iba.

—Será mejor que dejemos el tema, Bruno.

—No, yo no quiero que lo dejemos.

—Usted hará lo que yo le diga. ¿Olvida que está a mis órdenes?

Bruno realizó un brusco viraje y sacó el «Ferrari» de la carretera, deteniéndolo entre los árboles.

Serena, extrañada, exclamó:

—¿Es que se ha vuelto loco, Bruno?

—Le aseguro que no.

—¿Por qué ha hecho esto?

—Quiero que hablemos unos minutos con tranquilidad, Serena.

—¡Ponga el coche en marcha inmediatamente! —ordenó la muchacha, furiosa.

—No.

—¿Se atreve a desobedecer mis órdenes...?

—Sí.

Serena le apuntó con el dedo.

—¡Cuidado, Bruno, que se juega el empleo!

—No lo creo —sonrió el joven.

—¡Obedezca o lo despidó!

Bruno le quitó el sombrero con un rápido movimiento y lo tiró sobre el asiento trasero.

—¡Eh!, ¿qué hace? —exclamó Serena, perpleja.

—Quitarle el sombrero, ¿no lo ha visto?

—¿También a usted le parece cursi?

—No, a mí me gusta.

—¿Por qué me lo ha quitado, entonces?

—Porque voy a besarla, y me molestaría.

Serena respingó en él asiento, al tiempo que sus mejillas se teñían de rojo.

—¿Ha dicho besarme...?

—Sí.

—¡No se atreva, Bruno!

—Usted lo está deseando.

—¿Que yo...? —balbució la joven, enrojeciendo más. Bruno le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí—. ¡Suélteme, Bruno! —exigió Serena.

—Cuando la haya besado.

—¡Si comete ese atrevimiento, le...!

—¿Me despedirá...? —sonrió irónicamente Bruno.

—¡No, pero le obligaré a llevar uniforme!

—Pues lo llevaré.

—¡Y no le permitiré que se quite la gorra ni para dormir! —Pues dormiré con ella.

—¡Bruno...! —gritó Serena, porque los labios de Bruno ya casi rozaban los suyos.

Bruno la besó.

Larga y apretadamente.

Serena, al principio, se resistió.

Luego, ya no.

El beso era demasiado agradable como para rechazarlo. Tanto, que a Serena no le hubiese importado que durase cuatro minutos, en lugar de dos y medio, que fue el tiempo que tardó Bruno en separar sus expertos labios de los de ella. Bruno la soltó y la miró a los ojos.

—Confiéselo, Serena.

—¿Qué tengo que confesar? —preguntó la muchacha, tranquila como una balsa de aceite.

—Que deseaba que la besara.

—Es cierto, lo deseaba —admitió Serena.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Sea sincera.

—Lo soy.

—No se habrá enamorado de mí, ¿verdad?

—Es posible.

—Sería absurdo.

—¿Por qué?

—Usted es hija de un millonario, y yo no tengo donde caerme muerto.

—Pero sí donde caerse vivo.

—¿Dónde?

—En brazos de Silvana.

—Estoy hablando en serio, Serena.

—Yo también.

—Silvana no significa nada para mí.

—Pero sí Antonella, en cuyos brazos tampoco se debe estar nada mal.

—Antonella es como una hermana para mí, ya se lo dije.

—Usted la adora.

—Cierto.

—Eso es amor, Bruno.

—Pero no la clase de amor que usted se imaginó desde el primer momento, Serena. Y le voy a explicar por qué. Yo quedé huérfano a los once años. La madre de Antonella, la mujer más buena que he conocido jamás, no dudó en hacerse cargo de mí, pese a que era viuda y tenía que trabajar para comer ella y dar de comer a su hija, que entonces sólo tenía siete años. Con ellas me crié. Cuando tuve edad, me puse a trabajar. Yo le entregaba todo el sueldo a la madre de Antonella, que también era como una madre para mí, en todos los aspectos. Pasaron unos años más y Antonella también se puso a trabajar. Era ya una muchacha alta, esbelta y bonita, pero entre nosotros no nació más sentimiento que el que ya existía: el cariño que se tienen dos hermanos. No lo éramos, pero nos habíamos criado como tales, y yo nunca sentí deseo por Antonella, ni ella, estoy absolutamente seguro, lo sintió por mí.

Bruno hizo una breve pausa y continuó:

—Hace poco más de dos años, la madre de Antonella falleció. Yo, lógicamente, no podía quedarme en el piso. Los vecinos sabían que Antonella y yo no éramos hermanos, y hubieran murmurado. Fue entonces cuando alquilé el pequeño apartamento que usted conoce. Antonella y yo hemos seguido viéndonos a menudo. Hace un par de semanas, la encontré triste y sus ojos revelaban que había llorado minutos antes. Antonella quiso ocultarme lo que le sucedía, pero yo la obligué a que me contara la verdad. Así supe que estaba perdiendo la vista y que... Bueno, esta parte de la historia, ya la conoce usted. Yo no podía permitir que Antonella quedase ciega para siempre. La quería mucho y le debía demasiado a su madre. Le hubiese dado mis ojos, pero eso no hubiera servido de nada. Eran seis millones de liras, lo que Antonella necesitaba, y yo me juré a mí mismo que se los conseguiría. Al precio que fuera. Lo que hice para conseguirlos, también lo conoce usted.

Serena Montano, que se había emocionado con el relato de Bruno Sandrelli, levantó sus manos y las posó suavemente en el cuello de él.

—Bésame, Bruno —pidió cálidamente, tuteándole por primera vez.

Bruno la besó, estrechándola al mismo tiempo entre sus brazos.

Notó que la muchacha le devolvía la caricia con mucha pasión.

Tras el largo y profundo beso, se separaron ligeramente y sus

ojos se encontraron.

—Bruno...

—¿Qué?

—¿Te has enamorado de mí?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Me parece que estás mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque soy hija de un millonario, y eso te da miedo. —A mí no me asusta nada, Serena.

—Yo te asusto.

—No diga tonterías.

—Tutéame.

—No quiero.

—Besarme y abrazarme no te importó.

—Usted me lo pidió.

—La segunda vez, sí; pero no la primera.

Bruno la soltó con cierta brusquedad.

—Será mejor que nos marchemos —rezongó.

—A mí me gustaría quedarme un rato más... —sonrió Serena, maliciosa.

Bruno puso el motor en marcha y el «Ferrari» arrancó, volviendo a la carretera.

Serena rió.

—Qué chófer tan desobediente —dijo, con ironía.

Bruno, visiblemente contrariado, pisó el acelerador a fondo y el potente deportivo alcanzó una velocidad de vértigo. Serena, lejos de asustarse, siguió riendo.

Antonella salió de la bañera y atrapó la toalla, con la cual procedió a secarse el cuerpo.

En ello estaba, cuando creyó percibir un ruido.

Antonella se quedó quieta, dejando incluso de respirar, para ver si oía algún nuevo ruido.

Como no fue así, pensó que su oído la había engañado y acabó de secarse el cuerpo.

Se estaba enfundando la bata, cuando la puerta se abrió de golpe y un tipo alto y fornido se dejó ver, esgrimiendo una pistola

automática con tubo silenciador acoplado.

La joven quedó paralizada de terror.

Luigi aprovechó la circunstancia para contemplar suciamente todo lo que la entreabierta bata dejaba visible.

Antonella, reaccionó, se la cruzó con rapidez y se ató el cinturón.

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho ha entrado en mi casa?

—Busco a Bruno Sandrelli.

Luigi penetró en el cuarto de baño y la abofeteó con dureza, tirándola al suelo.

Antes de que la muchacha pudiera levantarse, se dejó caer sobre ella y la agarró del pelo con la izquierda, al tiempo que le apuntaba a la cara con la pistola.

—Si no lo conocieras, no le dedicarías fotografías cariñosamente, y yo encontré una tuya en su apartamento —dijo, con los dientes muy juntos.

Antonella sintió un ramalazo de frío.

Luigi exigió:

—Dime dónde puedo encontrar a Bruno Sandrelli, preciosidad, o te juro que te haré pasar el peor rato de toda tu vida.

Y, para demostrarle que no amenazaba sólo por amenazar, le dio un golpe en el hombro con el cañón del arma.

Antonella no pudo contener un chillido de dolor.

## CAPÍTULO XII

Faltaban todavía quince minutos para las cinco, cuando el «Ferrari» de Serena Montano se detuvo frente al portal del modesto edificio donde vivía Antonella.

Bruno Sandrelli y la hija del millonario salieron del coche y subieron al piso de la joven.

Bruno hizo sonar el timbre.

Al ver que transcurrían los segundos, y Antonella no acudía a abrir, Bruno y Serena se miraron, extrañados.

—Parece que Antonella no está, Bruno... —dedujo la muchacha.

—Eso no es posible —rechazó el joven—. Sabía que teníamos que pasar por ella a las cinco, para acompañarla al aeropuerto.

—Habría tomado un taxi...

—No tendría sentido —rezongó Bruno, e hizo girar el tirador de la puerta, la cual se abrió sin dificultad.

Bruno y Serena entraron en el piso.

Sobre la mesa de la sala de estar, descansaba el maletín que el joven le entregara a Antonella, conteniendo los seis millones de liras.

Bruno se acercó y abrió el maletín, comprobando que el dinero seguía allí.

—Sabía que Antonella no se había marchado —dijo, mirando a Serena.

—¿Y dónde está...? —se preguntó en voz alta el joven.

—Yo puedo contestar a eso —dijo el tipo que salió del dormitorio de Antonella, alto como un jugador de baloncesto y corpulento como un boxeador del peso pesado.

Era Mario, el brazo derecho de Lupo Farani.

Tras él salieron Luigi y otro matón.

Los tres empuñaban pistolas automáticas, provistas de silenciador.

Serena Montano se cogió del brazo de Bruno Sandrelli.

—Bruno... —musitó, mientras el color huía rápidamente de su rostro.

El de Bruno Sandrelli se había tornado duro como la piedra.

Sin apenas despegar los dientes, advirtió:

—Si le habéis causado algún daño a Antonella, os sacaré las tripas a los tres.

—Inténtalo y te alojaremos tal cantidad de plomo en el cuerpo que tendrán que levantarte con una grúa —repuso fríamente Mario.

—¿Dónde está la muchacha? —interrogó Bruno.

—En el dormitorio.

—Quiero verla.

—Antes tenemos que hablar.

—¿Qué queréis saber?

—Tu amiguita nos dijo que Angelo Montano te prestó los seis millones de liras que ella necesita para poder operarse de la vista en España, y que desde hoy eres el chófer de su hija... —Mario miró a Serena.

—Es cierto —asintió Bruno.

—Explícame cómo diablos conseguiste ambas cosas.

Bruno se lo refirió en pocas palabras.

—Muy comprensivos, los Montano... —sonrió Mario.

—¿Por qué no me dejáis en paz?

—¿Dejarte en paz, después de haber liquidado a Fabio, Enrico, y Aldo...?

—¿No te ha dicho Luigi que a Fabio lo mató Enrico?

—Sí, pero tú fuiste el único responsable de su muerte, al atacarle cuando él se divertía con la hija del millonario. Si no tienes estómago para estas cosas, no haberte metido en esto.

—Me metí porque necesitaba dinero.

—Lo sé. Pero eso a mí no me importa. La realidad es que tres de los muchachos han muerto, y tú tienes la culpa. Por eso vas a morir, Bruno Sandrelli. Y Serena Montano y Antonella te acompañarán en ese largo viaje.

Serena sintió que le flaqueaban las rodillas.

Bruno, temiendo que la muchacha se derrumbara, le pasó el brazo por la cintura y la sostuvo.

Mario sonrió cínicamente y dijo:

—¿Quieres despedirte de tu querida Antonella, antes de partir para el infierno, Bruno?

—Sí —respondió el joven.

—Trenes cinco minutos.

—Vamos, Serena —dijo Bruno, empujando suavemente a la muchacha.

La besó cariñosamente en la mejilla, como para infundirle ánimo.

Al menos, esa impresión dio.

Pero lo que Bruno hizo fue decirle algo a Serena, muy bajo.

La joven respingó levemente.

Bruno la empujó de nuevo, porque ella se había quedado parada.

Mario, Luigi y el otro gorila se habían apartado de la puerta del dormitorio, para dejar paso a Bruno y Serena.

El hombre de confianza había quedado a la derecha de la puerta; Luigi y el otro matón, a la izquierda.

En el preciso instante en que pasaban por entre ellos, Bruno gritó:

—¡Ahora, Serena!

Entraron los dos en acción de forma relampagueante.

Bruno saltó sobre Luigi y el otro fulano, afortunadamente muy juntos ambos, y los derribó con tremenda violencia a los dos.

Serena, por su parte, se arrojó valientemente sobre el hercúleo Mario, cuyo brazo derecho sujetó con los suyos y en cuya mano clavó sus dientes con saña.

Mario lanzó un alarido.

Rojo de ira y de dolor, el matón propinó un golpe en la nuca a Serena con el puño izquierdo.

La joven dejó escapar un gemido y se desplomó, atontada por el mazazo.

Mario apuntó rápidamente a Bruno Sandrelli, dispuesto a dejarlo seco a tiros.

Bruno, que había arrebatado al compañero de Luigi su pistola, se anticipó al hombre de confianza de Lupo Farani, al cual abatió de dos certeros disparos.

Luigi quiso disparar sobre Bruno, pero éste, que ya contaba con ello, volvió velozmente su arma hacia él y apretó el gatillo de

nuevo.

Luigi aulló al recibir los plomos en su caja torácica y cayó de espaldas, empujado por las balas.

Bruno prestó atención al compañero de Luigi.

El matón ya saltaba sobre él, con intención de recuperar su arma.

Bruno no quiso disparar sobre un hombre desarmado, por mucho que éste se lo mereciera, y se limitó a golpearle en la cabeza con la pistola.

El tipo emitió un rugido de dolor y cayó desmadejado, con una profunda herida en la frente, cuya sangre le resbaló rápidamente por la cara.

Bruno se irguió.

—¡Serena! —exclamó, al descubrir tendida en el suelo a la muchacha, y se precipitó sobre ella.

Se tranquilizó al comprobar que no estaba herida.

Apenas le palmeó las mejillas, la joven abrió los ojos.

—Bruno... —murmuró.

—¿Se encuentra bien, Serena?

—Sí, creo que sí... ¿Y tú?

—Tampoco yo estoy herido.

—Cuánto me alegro. ¿Y los tipos...?

—Dos de ellos están muertos, creo. El otro, sólo inconsciente.

—¿Y Antonella...?

—Todavía no he entrado en el dormitorio.

—Vamos con ella, Bruno.

—La ayudaré a levantarse.

—Gracias.

Ya en pie, Serena se llevó la mano a la nuca, con gesto de sufrimiento.

—¿Le duele el cuello? —preguntó Bruno.

—Sí, el tipo me golpeó duro...

—Demostró usted tener un gran valor, Serena.

—Creí que no sería capaz de hacerlo, la verdad —sonrió la joven.

Penetraron los dos en el dormitorio.

Antonella se hallaba sobre la cama, atada de pies y manos y amordazada. Su bata estaba abierta, dejando totalmente visible su

cuerpo desnudo.

Desnudo... y con señales de golpes por todas partes, rostro incluído.

Bruno sintió que la sangre le quemaba en las venas.

—Antonella... —pronunció, con voz ronca.

—¡Dios mío! —exclamó Serena, estremeciéndose—. ¿Qué han hecho esos salvajes con ella?

Bruno se acercó a la cama y, antes de nada, cruzó la bata de Antonella, cubriendo su golpeado cuerpo. Seguidamente, le quitó la mordaza y procedió a desatarle las manos, mientras Serena hacia lo propio con los pies de la joven.

Tan pronto como estuvo libre, Antonella se abrazó a Bruno y rompió en amargos sollozos.

Bruno trató de consolarla.

—No llores, Antonella. Esos canallas ya no pueden hacerte ningún daño, les he dado su merecido.

—¡No lloro por el daño que me han hecho, que ha sido mucho, sino por no haber sabido resistir el dolor! ¡Yo no quería decirles que ibas a venir aquí a las cinco, no quería! ¡Has podido morir por mi culpa, Bruno, y Serena también!

—Tranquilízate, Antonella.

—¡No me lo perdonaré nunca, Bruno!

—Fuiste una tonta, ¿sabes? Pero no por decirles a los tipos lo que querían saber, sino por haber tardado tanto en hablar. Te habrías evitado todo ese sufrimiento inútil.

—¡Hubiera querido morir antes que entregarte a ellos, créeme!

—Te creo, Antonella. No hay más que ver cómo dejaron tu cuerpo esos hijos de perra. Resististe demasiado, demasiado...

—Te debía tanto, que...

—Tú no me debes nada, Antonella.

La joven levantó la cabeza y le miró, el rostro bañado en lágrimas.

—Estoy enterada de lo que hiciste para conseguir el dinero de la operación, Bruno.

—¿Y no te avergüenzas de mí?

—¿Avergonzarme? —Antonella le acarició tiernamente las mejillas—. Lo que tú hiciste por mí no puede pagarse con todo el oro del mundo, Bruno.

—Te equivocas, tu madre ya me lo pagó con creces, librándome de ir a un orfelinato y queriéndome como a un hijo. Y tú también, queriéndome como a un hermano.

Antonella volvió a abrazarse a él.

—Siempre te querré así, Bruno.

—Y yo a ti, Antonella.

Serena Montano, que contemplaba muda la emotiva escena, sintió que los ojos se le empañaban.

Y es que ya no tenía ninguna duda sobre la clase de amor que Bruno sentía por Antonella y viceversa, y eso la alegraba infinitamente, porque ella sentía otra clase de amor por Bruno, y estaba segura de que él también lo sentía por ella, pese a que aquella misma mañana lo hubiese negado.

Tarde o temprano, le obligaría a confesarlo.

Como se llamaba Serena Montano que lo conseguiría.

## EPÍLOGO

Bruno Sandrelli no tuvo más remedio que avisar a la policía y contárselo todo desde el principio. Se habían producido demasiadas muertes, y no era posible ocultar tanto cadáver.

Había, además, que detener a Lupo Farani, jefe de la organización delictiva, lo cual fue posible gracias a las declaraciones de Bruno, Serena y Antonella, amén de la del matón que Bruno hiriera en la frente, a quien se le prometió que el juez sería algo más benévolo con él si relataba con detalle todas y cada una de las actividades de Lupo Farani y su organización.

El tipo «cantó» como el más alegre de los jilgueros, y un buen número de colaboradores de Lupo Farani pudieron ser detenidos también.

A Bruno Sandrelli, a la vista de los motivos que le impulsaron a tomar parte en el secuestro de Serena Montano, y de lo que él había hecho después por defender a la hija del millonario, tan sólo se le condenó a pagar una multa de doscientas cincuenta mil liras, cantidad que Angelo Montano se apresuró a hacer efectiva, para evitar el arresto del joven..., y que su hija se quedara sin chófer.

Antonella, repuesta ya de los golpes recibidos, se trasladó a España, para someterse a la delicada intervención quirúrgica.

Dos semanas después, Bruno recibía una carta suya, en la cual le comunicaba que la operación había sido un éxito completo.

La alegría del joven fue indescriptible, al saber que Antonella volvía a ver con absoluta normalidad y que quedaba totalmente descartado el fantasma de la ceguera.

Angelo Montano y su hija también se alegraron enormemente, cuando Bruno les dio la noticia.

Serena, sin importarle la presencia de su padre, se abrazó al joven.

—¡Qué contenta estoy, Bruno!

—Yo también, Serena.

La muchacha miró a su padre, como diciéndole: «¿Por qué no nos dejas solos, papaíto?».

El millonario la entendió y se ausentó de la biblioteca, cerrando la puerta tras de sí.

Serena, sin soltar el cuello de Bruno, preguntó:

—¿Cuándo te vas a decidir?

—¿A qué?

—A confesarme que me quieres.

—No es cierto.

—Embustero.

—Suélteme, Serena.

—No, voy a continuar pegada a ti hasta que te declares.

—Si entrara su padre...

—Mi padre no es tonto, y sabe que no debe volver por aquí.

—¿Está enterado él de que...?

—¿De que te quiero?

—Sí.

—Claro que está enterado. Jamás tuve secretos para él.

—¿Y qué opina?

—Que deberíamos casarnos cuanto antes. Le ilusiona ser abuelo.

—Usted no puede casarse con un simple chófer, Serena.

—¿Por qué, si le quiero más que Julieta a Romeo?

—Usted se merece algo mejor.

Serena se apretó más a él.

—Antonella dijo que no existe hombre mejor que tú sobre la tierra, y yo estoy de acuerdo con ella.

—Serena...

—¿Para qué quiero yo un marido rico? A mi padre le sobra el dinero, así que no necesito unirme a un hombre que tenga mucho. Prefiero un hombre que me quiera lo suficiente como para no desear otra mujer que no sea yo, por muchos años que viva.

Bruno, cuya resistencia estaba a punto de derrumbarse, repuso:

—Yo jamás pondría los ojos en otra mujer, de eso puedes estar segura.

—Lo estoy...

Bruno la estrechó con fuerza y la besó en los labios con pasión.

Después, Serena, resplandeciente de felicidad, rogó:

—Dilo de una vez, Bruno.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero.

—Otra ve...

Serena Montano no pudo completar la expresión, porque los labios de Bruno Sandrelli le sellaron la boca con un beso que, de haber sido cronometrado, seguramente hubiera batido todos los récords de duración.

FIN



**¡En calidad de novedad  
exclusiva!**

**M. L. ESTEFANIA**



El mundialmente famoso  
autor brinda a sus  
lectores la posibilidad  
de saborear sus mejores  
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y  
OESTE  
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval  
de emoción! Y atención:  
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure  
su  
ejemplar*

**EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO  
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

*Impreso en España*

